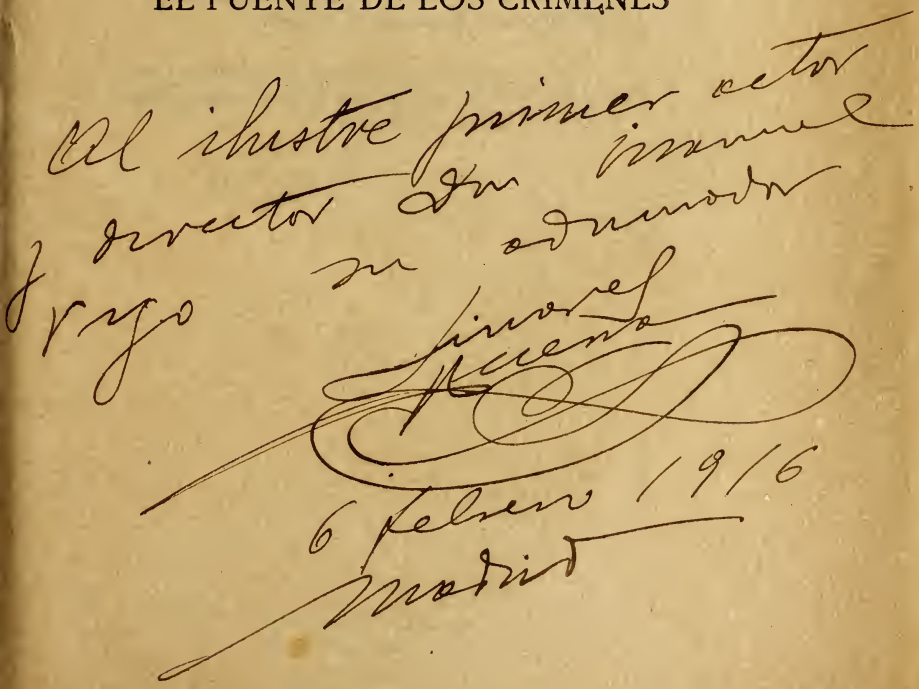
9137

El Puente de los Crímenes

EL PUENTE DE LOS CRÍMENES



Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL PUENTE DE LOS CRIMENES

MELODRAMA POLICIACO

en cuatro actos y en prosa

ORIGINAL DE

LUIS LINARES BECERRA y JOSE MARÍA SOLANAS DE LA INFANTA

Estrenada en el TEATRO PRICE de Madrid, la noche del 8 de Septiembre de 1915

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°

TELÉFONO, NÚMERO 551

1916

Al notabilísimo periodista

Rafael Suárez.

Sincero testimonio de amistad y cariñoso compañerismo de

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LADY KASTENNER.....	Mercedes Gómez Ferrer.
BLANCA.....	Joaquina Almarche.
LA ROJA.....	Eloísa Nicuesa.
CECILIA.....	Clotilde Roca.
UNA DONCELLA.....	María Encinas.
ARTURO RIPTON.....	José Martí.
LORD KASTENNER.....	Antonio Pedrosa.
ROBERSTON.....	Alberto Contreras.
BRUSKIN.....	Abelardo Infante.
RUNKORF.....	Manuel Pastrana.
PETERS.....	Aurelio Toyana.
CHAMILLARD.....	Arturo Romero.

La acción en Londres

Indicaciones, del lado del actor

Para esta obra pintaron cuatro decoraciones los reputados escenógrafos señores Arnau, Igual y Pastor.

Eloisa 2º

ACTO PRIMERO

Estufa.

Despacho suntuoso en casa del célebre policía inglés mister Arturo Ripton. A la izquierda, mesa de ministro, de cuatro pies, uno de los cuales tiene que ser sustituído por otro, en el transcurso de la comedia. Sobre la mesa aparato telefónico.

Timbre Teléfono

ESCENA PRIMERA

MISS CECILIA, doncellita linda y muy elegante; cruza la escena y llama al teléfono

¡Central! ¡Central! Con la fábrica de electricidad del segundo distrito... ¿Tiene usted la bondad? Muchas gracias. (Pausa.) ¿Es la fábrica de electricidad? Aquí la casa de mister Ripton... Si, señor, el detective... Muchas gracias en nombre de mi señor... Hagan el obsequio de enviar un operario de confianza para que arregle esta misma noche la estufa eléctrica del despacho. ¿Eh?... ¿Con quién hablo? Parece una voz distinta... Algún cruce... ¿Es la fábrica?... ¿Vendrán en seguida? No se olviden. Gracias.

Timbre

Timbre

(Cuelga el teléfono. En seguida se oye el timbre de la puerta. Cecilia desaparece y vuelve a entrar precediendo a Victoria y a lord Kastenner. Ambos jóvenes y elegantes, como corresponde a su alta condición social.)

669590

ESCENA II

CECILIA, VICTORIA y LORD KASTENNER

LORD — Diga al señor Ripton que Alberto Kastenner, lord de Inglaterra, necesita hablarle urgentemente.

CEC. — Le pasaré recado, aunque temo mucho que el señor no quiera recibir esta tarde. Se retiró de madrugada y todavía debe de estar descansando.

LORD — (Con altivez.) A mí me recibirá, seguramente.

CEC. — No hace dos horas que estuvo aquí su alteza real el príncipe Alexis y no fué recibido. Pero en fin, de todos modos pasaré recado al señor. (Mutis derecha.)

VICT. — (Dejándose caer en una butaca.) No conseguiremos nada, Alberto. Nadie, ni aun este hombre privilegiado, podrá hacer luz en este misterio.

LORD — ¡Quién sabe! Ten fe: tengamos fe en su sagacidad maravillosa, en su raro talento. Arturo Ripton ha puesto en claro crímenes tenebrosos, intrincadísimos. Recuerda que el propio príncipe heredero le debe la vida... Nadie sino él hubiera podido descubrir aquel complot infame que estuvo a punto de escribir, en la historia de la dinastía, la más espantosa de las tragedias.

VICT. — Es un hombre excepcional, es cierto...

LORD — El descubrirá el autor del robo de tu collar azul. Y si para descubrirle exige toda mi fortuna y todos mis honores, no dudaré en entregárselos.

VICT. — ¿Tanto afán sientes por recuperar esa alhaja?

LORD — Mucho... y no es por la alhaja por lo que quiero desentrañar este misterio que me angustia, me ahoga y me llena de tinieblas y de fantasmas el cerebro y el corazón.

VICT. — ¡Alberto! ¡No te entiendo! Grande era el valor de esa alhaja, pero piensa que pude también perder la vida... En este misterio no hay que descubrir otra cosa que al ladrón;

al ladrón que salta a un coche, amenaza a una mujer de muerte y le arranca del cuello su collar de brillantes... Eso es todo y eso es lo que descubrirá tu policía, si lo descubre, que yo lo dudo mucho.

ESCENA III

DICHOS y ARTURO RIPTON. Viste pijama elegantísimo. Es joven. Fuma en pipa

ART. Y hace usted muy bien en dudarlo, señora...

VICT. ¡Mister Ripton!

ART. Beso a usted los pies, miss Kastenner. ¡Lord Kastenner! Tengo sumo gusto en saludarle. (saludos.) Tiene usted razón, señora, en dudar de las condiciones sobrenaturales que se me atribuyen. Yo no soy más que un pobre hombre enamorado de la verdad, que emplea toda su voluntad en perseguirla. Igual que el amor es el ideal de los poetas, la verdad es mi ideal. Así, pues, miss Kastenner, si usted no tiene fe en mí, no me descubra el por qué de su visita y hágame únicamente el honor de aceptar una taza de té.

LORD Nuestra visita, Sir Ripton, es la prueba más evidente de la fe que su talento nos inspira.

ART. No hablemos de talento. Hablemos de buena voluntad, que ya es bastante. De todos modos, agradecidísimo. Ustedes me dirán en qué puede serles útil mi buena voluntad.

VICT. Anoche fuí víctima de un robo.

LORD Del más osado, del más inverosímil de los robos.

ART. ¿Me consiente usted, señora, que encienda la pipa?..! Si no me envuelven las espirales de este delicioso tabaco de la India, soy hombre muerto... Es usted muy amable, señora... ¿Decía usted que la habían robado?...

VICT. Mi collar de brillantes azules.

ART. ¡Magnífico robo! Recuerdo haberla visto lucir ese collar en el baile último de la Embajada de Rusia.

VICT. Exactamente.

ART. Montado en platino, si no recuerdo mal. Y

con un solitario enorme como pandantif, digno hermano del gran Mogol o del brillante de la corona de Francia.

LORD Estaba tasado en trescientas mil libras esterlinas.

ART. Magnífico robo... y digno de estudio por lo inútil.

LORD ¿Inútil?

ART. Dígame usted, ¿cómo secretamente, sin exponerse a ser descubierto, se puede vender un brillante de esa naturaleza? Una alhaja así es más popular que el hombre más popular de Inglaterra... Pero, dígame, señora, ¿cómo ocurrió el robo?

VICT. Anoche daba el Príncipe de Peilok un cotillón en su palacio en honor de sus majestades.

ART. En él tuve el honor de besar la mano de nuestros soberanos y de valsar dos veces con la princesa Alicia.

VICT. Mi marido no podía ir hasta última hora. Yo debía estar en el palacio antes de la llegada de sus majestades para recibir y acompañar a la reina. Monté en el automóvil blanco que, a toda velocidad partió para Palacio... A la entrada de la calle Oxford tuvo que refrenar el auto su marcha para no estrellarse contra un ómnibus que venía en dirección contraria. En ese instante, la puerta de mi auto se abrió y un hombre andrajoso de cara y ademanes feroces se lanzó sobre mí, blandiendo una pistola.

ART. Es interesante.

VICT. El temor no me dejó hablar ni moverme. El miserable puso el cañón de la pistola en mi frente y antes de que pudiera lanzar un grito ni apretar el timbre del auto, me arrancó del cuello el collar de brillantes. Todo esto fué un instante, unos segundos... Cuando me repuse de mi inmenso pavor, el ladrón había desaparecido, el automóvil corría rápidamente y las luces del Palacio de Peilok se distinguían a lo lejos,.. Llamé al lacayo, y sin descubrirle lo ocurrido, le dí orden de regresar a casa. Allí sufrí una terrible crisis nerviosa.

LORD Y yo uno de los más serios disgustos de mi vida.

ART. Más por el riesgo que había corrido miss Kastenner que por el valor de la alhaja robada, naturalmente!..

LORD (Indeciso.) Así es...

ART. La reina se afectó mucho. Y su majestad envió un ayudante.

LORD Exacto.

ART. Y díganme ustedes... ¿Han comunicado a la policía este suceso?

LORD A nadie en absoluto. He querido evitar el escándalo. Solamente nosotros tres sabemos el robo del collar azul.

ART. Sin contar el ladrón, que también lo debe saber... Dígame usted, señora, ¿no encuentra usted muy extraño que ni el chauffer ni el lacayo advirtieran el asalto de ese misterioso personaje?

VICT. La calle estaba muy obscura. La bombilla interior del auto se había fundido. Además, el auto blanco es el más grande de todos los nuestros. Tiene tres departamentos: el del chauffer, otro, que anoche iba vacío, y el que yo ocupaba.. cada uno con su portezuela.

ART. De modo que entre los conductores del auto y usted había la distancia suficiente para que estos no vieran ni oyesen abrir la portezuela.

VICT. Evidente.

LORD Del chauffer y del lacayo respondo como de mí mismo. Los dos han nacido en casa y se dejarían matar por mí. Sus padres sirvieron a los míos y sus abuelos a mis abuelos, los duques de Kastenner.

ART. Muy bien. Pues por mí que no se interrumpa la dinastía y que los hijos sirvan a los hijos y los nietos a los nietos... Perdóneme usted una pregunta más, miss Kastenner... ¿Sabía alguien... había usted comunicado a alguien su propósito de llevar al palacio del Príncipe de Peilok su magnífico collar de brillantes azules?

VICT. Nadie lo sabía. Tentada estuve de llevar el collar de perlas negras que vale mucho más todavía que el collar azul...

ART. El suceso es intrincado, muy intrincado, mucho más de lo que a primera vista parece. Tiene todas las apariencias de un robo vulgar... y sin embargo...

LORD ¿Un robo vulgar?...

ART. Vulgarísimo... Un ladrón audaz que asalta un automóvil... no tiene importancia ninguna... Pero cuando el automóvil es de un lord del reino, cuando la joya robada es el célebre collar azul...

LORD Victoria, debemos una visita de excusa a la princesa de Peilok. ¿Por qué no tomas el auto y te llegas a cumplimentarla?

VICT. Como gustes. ¡Sir Ripton!

ART. ¡Señora! Para que el trayecto hasta el palacio de los príncipes sea esta vez menos trágico que la vez última, ofrezco a usted solemnemente y bajo mi palabra de caballero, devolver a usted el collar azul en el breve plazo de cuarenta y ocho horas.

VICT. ¿Es posible?

ART. Arturo Ripton, señora, no ofrece jamás lo que no está seguro de cumplir. Permítame usted, señora, que la acompañe hasta el vestíbulo.

VICT. ¡Muy amable!

(Lord Kastenner se aleja un poco contemplando los objetos de arte que adornan el despacho.)

ART. ¡Señora! Su marido sospecha de usted y es necesario que si quiere salvar su propia vida y la vida de su amante... (Todo esto muy rápido y en voz baja.)

VICT. ¡Caballero!

ART. (Enérgico.) ¡La vida de su amante!... vuelva usted a mi despacho antes de una hora.

VICT. ¿Y mi marido?

ART. Su marido, dentro de una hora, no estará ya en Londres.

VICT. Vendré.

ART. Será el único medio de salvarse. (En alta voz.) Por aquí, miss Kastenner. Permítame usted que la ofrezca mi brazo...

(Queda solo un instante lord Kastenner, en seguida entra Ripton.)

ESCENA IV

LORD KASTENNER y ARTURO RIPTON

LORD ¡Sir Ripton! Usted es un hombre de honor. Si hubiese usted querido aceptar las recompensas de los reyes, a estas horas tendría usted un título nobiliario.

ART. Es exacto.

LORD No voy a hablar con el célebre policía, sino con el amigo cuya mano he tenido el placer de estrechar muchas veces, con el hombre de honor.

ART. Escucho a usted...

LORD Con el hombre de honor que sabe olvidar lo que oye.

ART. Y adivinarlo algunas veces. Diga usted.

LORD Sir Ripton. Tengo casi la certeza de que el collar azul no ha sido robado...

ART. ¿De veras?

LORD Sospecho algo terrible, algo que un hombre de honor no puede decir sin que las palabras le quemen los labios.

ART. Va usted a ofender a su esposa con alguna sospecha indigna.

LORD ¿Indigna?

ART. Indigna de los dos.

LORD Ese collar ha podido ser robado, es cierto; pero también ha podido ser vendido para salvar de la miseria a un amante.

ART. ¿Qué pruebas evidentes tiene usted para lanzar contra su propio honor una acusación semejante?

LORD Anoche, antes que mi esposa saliese para el palacio de los Príncipes, recibí un anónimo...

ART. ¡Basta! ¡Lord Kastenner, la nobleza hay que llevarla en algo más que en el blasón!...

LORD ¡Sir Ripton!

ART. Lord Kastenner. Yo que no he aceptado la nobleza del rey, tengo en mi alma la nobleza del hombre. La nobleza suficiente para despreciar los anónimos y no manchar con una infamia la frente de una dama.... Lord

Kastenner, permítame usted que le acompañe...

(Da un paso hacia él, lord Kastenner se arroja en un sillón sollozando.)

LORD ¡Estoy loco! ¡La quiero tanto!... Si usted supiera lo que sufro!...

ART. ¡Vamos, amigo mío, tranquilícese usted y sea fuerte. Esas pequeñas miserias solo hacen presa en los temperamentos débiles... Sea usted fuerte contra la duda, contra los celos, contra la calumnia.

LORD Contra la calumnia.

ART. Contra la calumnia, sí; por bajo que esté el honor de una dama, siempre estará más alto que un escrito cobarde. Por lo demás, fácil es convencerse de si sus sospechas son fundadas.

LORD ¿Cómo?

ART. En toda Inglaterra no hay más que un hombre que haya podido comprar esos brillantes.

LORD ¿Quién?

ART. Samuel Stiler: un judío de Suthamptom, que comercia en alhajas procedentes de robos. Sólo él es capaz de comprar el collar, desmontarlo y transfigurar los brillantes por completo...

LORD ¿Dónde vive ese hombre?

ART. En el Puente viejo, es popularísimo; en Suthampton.

LORD ¿No podía usted acompañarme a Suthamton esta misma tarde?

ART. Imposible. Tengo junta de caridad bajo la presidencia del Jefe del gobierno... Pero usted puede sustituirme.

LORD ¿Cómo?

ART. Dentro de tres cuartos de hora sale el exprés de Suthampton. Tiene usted tiempo de ir a su casa, cambiarse de ropa y dejar a su esposa el pretexto de que cena en el círculo. Antes de las doce puede usted estar de regreso.

LORD (Levantándose y con gran vehemencia.) ¡Iré! Sí. Buscaré a ese hombre y como sea cierto que el collar azul ha sido vendido para salvar a un hombre, yo sabré vengar el honor de mi raza.

ART. No creo necesario advertir a usted, que el judío Samuel es un hombre peligrosísimo contra el cual todas las precauciones son pocas.

LORD Sabré fingir, me disfrazaré si es preciso; en todo caso urdiré una historia cualquiera.

ART. Y en último extremo invoque usted mi nombre. Samuel Stiler tiene antiguas cuentas conmigo.

LORD No dejaré de hacerlo, mister Ripton; muchas gracias por todo.

ART. Lord Kastenner, hasta la noche. (Le acompaña hasta la puerta. Después vuelve a escena sonriente y triunfal; se acerca a la mesa, se arrodilla, oprime un resorte secreto y en una de las patas de la mesa aparece un cajoncito de donde saca varios papeles y por último un magnífico collar de brillantes azules. Examina el collar atentamente y después lo vuelve a dejar en el cajoncito que cierra en seguida cuidadosamente. Mientras examina el collar.) ¡Trescientas mil libras esterlinas! ¿Y el honor? ¿vale más? ¿vale menos?... ¡Bah! (Con desprecio.) ¡Piedras preciosas! (Toca un timbre y aparece Cecilia.)

ESCENA V

ARTURO RIPTON y CECILIA

ART. ¿Trajeron el último correo?

CEC. El secretario del señor, lo despachó todo. Me encargó que le dijera que no ocurría novedad.

ART. Está bien. Voy a vestirme. Esta noche comeré en el casino. Si viniera lady Kastenner pásame recado inmediatamente.

CEC. Está bien, señor.

ART. Faltan diez minutos... Lady Kastenner no faltará a la cita. (Mister Ripton hace mutis. Seguidamente se oye el timbre de la puerta. Cecilia va a abrir y vuelve precediendo a Graydoc que viste una chaqueta de pana y tiene puesta una gorra de galones que no se quita. Debajo del brazo trae un capazo bastante voluminoso en el que figura llevar las herramientas de su oficio.)

ESCENA VI

GRAYDOC y CECILIA

CEC. Podía usted haber venido antes.

GRAY. No me ha sido posible, morena. Hay mucho trabajo y todos quieren ser los primeros.

CEC. Afortunadamente el señor cena hoy en el Casino, que si cenara aquí como todas las noches se iba a quedar hecho un témpano.

GRAY. Porque no la tendrá a usted cerca, morena, porque disfruta usted unos ojos que ríase usted del mes de Agosto en el Ecuador.

CEC. Pondera usted mucho.

GRAY. No rebajo ni un gramo... ¿tiene usted novio?

CEC. Un si es, no es.

GRAY. Vestirá de alpaca, ¿verdad?

CEC. Ya lo creo y de dril.

GRAY. Qué suerte de hombre. Unos tanto y otros tan poco. En fin, ¿dónde está la avería?

CEC. En la estufa.

GRAY. No me diga usted más; se ha acercao usted y se han fundido los tapones.

CEC. Bueno, bueno, déjese de charla y abrevie la faena; que va a salir el señor.

GRAY. ¡Ah! ¿pero está en casa?

CEC. Naturalmente.

GRAY. Pues entonces, no tardo ni dos minutos. Diga usted, morena, ¿ese lunar del cuello es natural?

CEC. ¿Natural de dónde?

GRAY. ¿De dónde ha de ser, estando en su cara? ¡De la gloria!

CEC. Vamos, déjese de tonterías y dése prisa...

GRAY. Pues si quiere usted que me dé prisa, me tiene usted que ayudar.

CEC. ¿Qué hay que hacer?

GRAY. Traerme un paquete de carbones que me he dejado en el recibimiento...

CEC. En seguida. (Mutis Cecilia. Apenas hecho mutis, Graydoc como el rayo se levanta, se acerca a la mesa, en la parte del escondrijo; destornilla la pata, la esconde en el capazo y pone en su lugar otra que lleva

prevenida. Todo esto con una rapidez de relámpago. Después vuelve a trabajar en la estufa. Cecilia, entrando.)

Aquí tiene usted.

GRAY. Gracias, reina. Y dígame usted... ¿quiere usted mucho a su novio por casualidad?

CEC. Por casualidad, no.

GRAY. (Sigue trabajando, mientras habla.) ¿Y no sabe usted si su novio me vendería la plaza?

CEC Está muy a gusto con ella.

GRAY. Es para estarlo.

CEC. Es usted muy fino para electricista.

GRAY. ¿Qué concepto tendrá usted de la electricidad?

CEC. Quiero decir que no parece usted un obrero por lo bien que habla.

GRAY. Es favor. Tampoco usted parece doncella y sin embargo lo es. Hay muchas princesas sin esos ojos.

CEC Pues aquí me tiene usted, ¡de cuerpo de de casa!

GRAY. Y que es un cuerpo de una vez...

CEC. Menos mal que el señor es muy generoso... Cuando le sale bien alguno de sus asuntos, siempre me regala una libra esterlina.

GRAY. Tendrá usted muchas, porque a Sir Arturo Ripton le suelen salir bien todos los asuntos.

CEC. No puedo quejarme.

GRAY. Me gustaría conocerle personalmente. ¿Dice usted que está en casa?

CEC. Sí, está vistiéndose.

GRAY. ¿Se levanta a estas horas?

CEC. No: ya ha recibido una visita...

GRAY. ¿Dicen que trata a mucha gente importante?...

CEC. Ya lo creo... Esta misma tarde acaba de estar aquí un príncipe y un lord.

GRAY. Tiene mucho talento este Arturo Ripton. Sin embargo, hay cosas que a pesar de su talento no podría descubrir nunca.

CEC. ¿Cree usted?...

GRAY. Lo aseguro... (Transición.) Jamás descubrirá dónde existen otros ojos más bonitos que esos. ¡Ea! Ya se acabó la compostura. Si quiere su señor, no necesita ir esta noche al Casino. Ya está funcionando la estufa.

CEC. Muchas gracias.

GRAY. Adiós, morena. Siempre que le ocurra algo a la instalación, pregunte usted en la fábrica por Graydoc; ya sabe usted, «perro gris», ¡cosas de los compañeros! ¡Yo vendré en un vuelo! ¡Y hasta más ver, preciosa, hasta más ver! (Mutis Graydoc y Cecilia. En seguida sale por la derecha Arturo Ripton vestido elegantemente de levita.)

ESCENA VII

ARTURO RIPTON, en seguida CECILIA

ART. (Oprime un timbre; en seguida Cecilia.) ¿No vino nadie?

CEC El electricista.

ART. ¿Arregló la estufa?

CEC. Ya está funcionando.

ART. Está bien, en cuanto llegue la señora que espero, la haces pasar. (Mutis Cecilia. Sir Ripton se sienta; enciende su pipa, saca un retrato del bolsillo y lo examina atentamente. Poco después entra Victoria.)

ESCENA VIII

SIR RIPTON y VICTORIA DE KASTENNER

VICT. ¡Sir Ripton!

ART. (Guardando el retrato,) ¡Señora! Usted sabrá perdonarme lo violento de las palabras que antes le dije. Era necesario salvarla... ¿Me perdona usted, señora?

VICT. Hable usted, por Dios, Sir Ripton... Dígame cuanto sepa... Con usted es imposible fingir. Llega usted al fondo de todas las conciencias.

ART. Buscando la verdad.

VICT. Verdad amarga, verdad cruel...

ART. Pero siempre bella, señora, porque es verdad. Siéntese usted a mi lado, hija mía, y sosiegue esos nervios... En usted hay acaso más locura que culpa...

VICT. ¿Por qué no renuncié a tiempo a esta vida dorada, a esta vida triunfal?

ART. ¡Era muy difícil! Usted era la cantante de moda, el ídolo de Cowent Garden. La rodeaba una suntuosa aureola de príncipes desdeñados, de banqueros suicidas... El propio príncipe de Gales, anduvo enamorado de usted, se prendó también de su alto prestigio de mujer honrada e invencible y más vehemente o más enamorado que ninguno, ofreció a usted su mano. Usted rompió con el pasado y se convirtió en la espléndida, en la poderosa Lady Kastenner... Rompió usted con el pasado...

VICT. ¡Pero el pasado vuelve!

ART. Jorge Roberston, su primer amante, aquel pobre clown que todos creían muerto en América, se ha presentado de repente, a interrumpir su vida tranquila de mujer redimida.

VICT. ¡Ha vuelto, es verdad!

ART. Ha vuelto, y exige su parte en la inmensa fortuna de Lord Kastenner, amenazando con la publicación de unas cartas...

VICT. Las cartas del pasado...

ART. Y las del presente, señora. Usted ha cometido la imprudencia de escribir hace dos días una carta a Jorge Roberston enviándole dinero.

VICT. ¿Pero cómo sabe usted?..,

ART. En esa carta le hablaba usted del fruto de sus primeros amores; de una hija que usted juzgaba tan muerta como a Roberston y que ahora viene a reclamar un puesto en el corazón de la noble dama, esposa de Sir Alberto Kastenner, Lord de Inglaterra.

VICT. ¡Alberto! ¡Por qué le conocí! ¡Por qué le amé!

ART. ¡No se sabe nunca por qué se ama! No llore usted, señora, no se desespere. ¡Hay que ser fuertes! Porque usted es mujer, porque Alberto es bueno, porque los dos son débiles, yo prometo a usted, señora, contener al pasado que avanza.

VICT. ¿Me salvaría usted?

ART. Ya la he salvado... Anoche, señora, salvé a usted la vida...

VICT. ¡La vida!

ART. Señora, el hombre andrajoso y miserable que le robó a usted anoche el collar azul, era yo.

VICT. ¿Usted?

ART. Yo. Pero no se asuste usted, señora. Soy un ladrón que devuelve los objetos robados... Aunque usted, más que la pérdida del collar, ha lamentado la de una carta que llevaba en el seno, por la cual hubiera usted dado, además del collar azul, su célebre collar de perlas negras.

VICT. ¿Cómo lo sabe usted?

ART. Cuando se trata de la verdad, yo lo sé todo... Escuche usted, señora. El miserable Jorge Roberston, después de arrebatarle su hija, empujado por la ambición de explotarla, más que por el afán de quererla...

VICT. ¡Qué horror!

ART. Huyó a América donde ejerció múltiples oficios y ninguno honrado... Cuando la abandonó a usted no podía suponer lo que llegaría a ser con el tiempo. Allí, en América, ejerció de grupier, de estafador, y hasta de salteador de caminos, arrastrando sóbre este cieno la vida inmaculada de su hija...

VICT. ¡Dios mío!

ART. Pasaron los años... Algunos periódicos, quién sabe si pagados por él con el objeto de escapar a la acción de la justicia, dieron la noticia de su muerte y de la de su hija en un naufragio. ¿Lo recuerda usted? Después... todo lo demás es muy sencillo... El nombre de usted adquirió fama universal. La prensa llevó a los rincones más apartados de las Repúblicas americanas, la noticia de su boda de usted con un Lord de Inglaterra. El miserable vió abierto ante sus ojos un vasto panorama de explotación y crimen... Volvió a Europa; comenzó por amenazar a su anciano padre de usted con publicar en un diario las cartas de Victoria de Kastenner... Su padre de usted me llamó a mí. Yo, a fuerza de dinero, he logrado comprar a uno de los camaradas de ese miserable. Supe ayer que su marido había recibido un

anónimo diciéndole que al llegar usted al palacio de Peilok llevaría sobre sí, oculta en el seno, la prueba de una traición.

VICT. ¡Dios mío!

ART. Momentos antes de subir usted a su automóvil blanco, Jorge Roberston disfrazado de mendigo se acercó a usted y le entregó una carta... Usted la guardó en el escote... Era necesario que usted no llevara esa carta al palacio de Peilok .. Era necesario salvarla a ustêd la vida. Salté en el automóvil y le arrebaté a usted el billete y de paso, sin querer, el collar azul.

VICT. ¿Y qué decía esa carta? Yo no pude leerla.

ART. Decía así, textualmente... pero (sacándola del bolsillo.) aquí la tiene usted, señora...

VICT. (Leyendo.) «Victoria: He recibido las mil libras que me enviaste para nuestra hija; no era esa la cantidad convenida. Ya comprenderás que no es justo que nuestra hija pase miserias, mientras su madre es la esposa de un Lord de Inglaterra a quien engañó fingiéndose una mujer honrada. De lo que ocurra desde hoy, tú solamente tendrás la culpa.» (Rompe en sollozos.) ¡Oh, qué infamia!

ART. (Rompiendo la carta.) ¡Pobre mujer! ¡Pobre pecadora arrepentida!... Yo la ofrezco a usted el castigo del miserable, la salvación de su hija y el perdón del esposo...

VICT. ¿Hará usted eso? ¿Me salvará usted? ¡Yo no puedo más! ¡No puedo más! Voy a volverme loca.

ART. Es que su corazón se abre por primera vez a un sentimiento más grande que la vida... Es que esa criatura que va arrastrándose por la tierra, la atrae a usted más que todas las grandezas de su palacio. Y al lado de la figura de su hija se alza gigantesca en su alma, la de Lord Alberto, infinitamente bueno, infinitamente noble, bajando por amor hasta los colorines de la farsa y elevándola a usted por amor hasta el palacio de los reyes...

VICT. (Arrodillándose ante Ripton.) ¡Ampáreme usted en esta lucha! ¡Tengo miedo!

ART. (Poniendo una mano sobre la cabeza abatida de Vic-

toria.) ¡Triunfará la verdad! ¡Yo se lo juro! Y ahora, señora, levántese y vuelva a su palacio. Pero antes, permítame usted que la devuelva su collar azul. (Se dirige a Victoria y la ayuda a levantar. Después va a la mesa y al oprimir el resorte secreto lanza un grito de asombro.) ¡Oh! ¿Qué es esto?

VICT. ¿Qué pasa?

ART. ¡El collar azul!

VICT. ¿Qué?

ART. ¡Me han robado el collar azul!...

VICT. ¡Robado!

ART. ¡En mi propia casa! ¡De mi misma mesa! (Toca el timbre nerviosamente.)

ESCENA FINAL

DICHOS y CECILIA

CEC. ¡Señor!

ART. ¿Quién ha estado aquí esta tarde?

CEC. Nadie, señor. . Sólo la señora y su esposo...

ART. Además...

CEC. ¿Además? Nadie: es decir, estuvo el electricista.

ART. ¿Qué tipo tenía ese hombre? ¡Contesta pronto!

CEC. Muy simpático... Demasiado fino para ser obrero.

ART. ¡Oh! ¡Miserable! ¿Y no viste si se aproximó a la mesa del despacho, mientras estuvo en esta habitación?

CEC No sé nada, señor... Pero ahora que recuerdo...

ART. ¿Qué?...

CEC Me suplicó que le trajese un paquete de carbones del recibimiento...

ART. ¡Desdichada! ¿Y le dejaste solo?

CEC ¡Perdón! Señor... Yo no sabía...

ART. ¡Vete!

CEC. Le juro al señor que...

ART. ¡Vete, te he dicho! (Mutis Cecilia.) Señora.... He tenido el honor de recibir en mi casa la visita de Jorge Roberston.

VICT. ¡Qué horror!

ART. Me han robado el collar azul y con él documentos importantísimos.

VICT. (Sollozando.) ¡Todo se ha perdido!

(Se oye un timbre y a poco entra Cecilia con una carta.)

ART. Aún no, señora; aún no. ¿Qué pasa?

CEC. Esta carta urgente acaban de traer...

ART. Está bien. (Cecilia hace mutis. Ripton lee rápidamente la carta.) ¡Maldición!

VICT. ¿Qué ocurre?

ART. Lea usted, señora. La vida de Alberto Kastenner está en peligro...

VICT. (Leyendo.) «Amigo Ripton. Cuando me disponía a salir para Supthampton he recibido un anónimo en el que se me cita para las doce de esta noche en la barrera Northon para entregarme el collar azul y unas cartas relativas a mi honor, a cambio de diez mil libras esterlinas... No sé si hago bien o hago mal, pero dos horas después de haber recibido usted esta carta, habré partido para la barrera Northon. Suyo, Alberto.» (Victoria se arroja sollozando en un sillón, tapándose la cara con las manos.) ¡Madre mía!

ART. ¡Madre y mujer! ¡No llores! Yo te defiendo... eres amor y eres verdad. Jorge Roberston es el mal, la mentira y el odio. ¡La suerte está echada! ¡Veremos quién vence! (Toma el sombrero y bastón y se lanza a la puerta. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Alcoba lujosísima de Mr. Kastenner. Al foro izquierda ventanal que da a un jardín. En segundo término del mismo lateral, lecho de madera. Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

VICTORIA sola; luego una DONCELLA

La escena tiene un tinte misterioso. Solamente hay encendida una bujía eléctrica que se halla sobre la mesilla de noche. A través del ventanal del foro, se distinguen los árboles del jardín bañados por la luna. Victoria esta sentada, envuelta en una bata, contemplando un album de retratos. Al cabo de un instante besa una de las fotografías y solloza amargamente. Una pausa. En seguida entra la Doncella

DONC. ¿Ha llamado la señora?
VICT. No.
DONC. ¿No se retira a descansar la señora?
VICT. No. Ya te llamaré. Y si no, acuéstate. Yo me desnudaré sola.
DONC. Lo que la señora disponga.
VICT. ¿Se acostaron todos los criados?
DONC Hace más de dos horas.
VICT. Está bien. Acuéstate tú también.
DONC. Que descanse la señora. (Medio mutis.) Si la señora se encontrase mal...
VICT. (Impaciente.) Gracias, estoy bien. Retírate.

(Mutis la Doncella. Victoria después de una pausa, se levanta, corre la llave a la puerta. Después se dirige a un reclinatorio sobre el que se halla una imagen y reza. De repente, una piedra arrojada desde la parte de afuera rompe el cristal y entra en la habitación. Victoria lanza un grito, se levanta, coge la piedra, la examina y ve que está envuelta en un papel. Lo desenvuelve, lo lee y lanza otro supremo grito de espanto. Leyendo.) «Nuestra hija ha desaparecido. Si antes de tres horas no he descubierto su paradero, habrás firmado tu sentencia de muerte.» ¡Oh! ¡Qué horror! (Se oculta la cara entre las manos y así permanece largo rato. Después se levanta, va hasta el ventanal y queda un instante inmóvil mirando al jardín. En seguida vuelve al lecho, se despoja de la bata y se acuesta artísticamente. Hunde la cabeza en la almohada y en esta postura, boca abajo, llora desesperadamente. A poco se oye un ruido sordo, persistente en la puerta de la izquierda, como de una lima o el de una ganzúa al destrozar una cerradura. A medida que se van debilitando los sollozos de Victoria, se nota más intensamente el ruido sordo de la puerta. Victoria sorprende este ruido, escucha, se incorpora, salta del lecho, se viste la bata y avanza hacia la puerta. Al convencerse de que el ruido parte de allí lanza un grito y retrocede aterrada hasta el lecho. Desde este momento la puerta va cediendo lentamente. Victoria va retrocediendo con los ojos aterrados, a medida que la puerta va abriéndose. Al cabo entra en la habitación Arturo Ripton, conduciendo una niña de unos doce o catorce años, a la que oculta tras sí, tapándola con su cuerpo. Ripton viste gabán gris abotonado hasta el cuello y gorra. La niña viste de blanco, pobre y suciamente.)

ESCENA II

VICTORIA, ARTURO RIPTON y BLANCA

VICT. ¡Sir Ripton!

ART. Perdóneme usted, señora, si la primera vez que entro en esta casa, entro como los ladrones, valiéndome del silencio y de la noche. Era preciso... Nadie debe saber esta visita.

VICT. ¿Qué quiere usted de mí? ¿Qué nueva desgracia me espera? ¿Qué dolor me acecha en las sombras para asaltarme el espíritu, para acabar de enloquecerme?

ART. No es el dolor lo que aguarda en las sombras.

VICT. ¿La muerte tal vez?

ART. La vida... la esperanza, el amor. El único amor que es verdad siempre, porque todo lo da y nada pide.

(A medida que habla va haciendo avanzar delante de sí, hacia la madre a la niña Blanca.)

VICT. (Asombrada, no acierta a creer lo que ve. Vacilante, apoyándose en los muebles va acercándose hasta su hija.) ¿Eh? ¡Es sueño! ¿Es verdad? (Al llegar a ella, cae de rodillas y de rodillas abraza delirante a su hija. La niña de pie, vestida de blanco, en la sombra de la noche se destaca como la figura de un ángel. Ripton, a la izquierda, conmovido, se descubre y se lleva un pañuelo a los ojos.) ¡Hija! (Una pausa, durante la cual sólo se oyen los sollozos y las frases entrecortadas de Victoria.) ¡Hija! ¡Mi ángel! ¡Mi Blanca!

ART. (Al cabo de una pausa.) ¡Señora!

VICT. ¡Ah, Sir Ripton! ¡Gracias! ¿Es usted quien me devuelve a mi hija!

ART. Yo, no; la justicia... Adiós, señora.

VICT. ¿Dónde va usted?

ART. ¡A hundirme otra vez en las sombras!

VICT. ¡Qué bueno es usted!

ART. No; yo, no; la ganzúa, este vil instrumento de robo y de traición que hoy se ha ennoblecido abriéndole a un ángel el alma de su madre.

VICT. ¡Tengo miedo!

ART. No tenga usted miedo, señora. Nadie puede sospechar que la noble Lady Kastenner está oyendo palpitar, junto al suyo, el corazón de su hija, en esta bella noche de luna en que todo calla, en que todo duerme.

VICT. ¡Si lo supieran!

ART. Nadie lo sabrá... Y aunque lo supieran... a los pies de ese ángel se estrellarían todas las mentiras... Y todo es mentira, señora, todo: la fortuna, el nombre, el blasón... ¡todo! menos esa verdad que tiene usted en sus brazos.

VICT. ¡Vida mía!

ART. Mañana vendré a primera hora. Hasta tanto es menester que oculte usted a su hija donde nadie la vea.

VICT. (Estrechándola.) ¡No me la quitarán!

ART. Todo hay que prevenirlo... Mañana la llevaremos a lugar seguro... Y ahora, adiós... Dentro de una hora he de estar en la barrera Northon. En el puente de los crímenes.

VICT. ¡Es verdad! ¡Esta noche a las dos!

ART. No tema usted nada. Viva usted para su hija... Fuera, en la calle, en la sombra, yo velo por las dos. Hasta mañana.

(Mutis Ripton.)

ESCENA III

VICTORIA y BLANCA; luego ROBERSTON

VICT. ¡Hija mía! ¡Mi Blanca! ¿Te acuerdas de mí?

BLANCA ¡Yo no sé quién es usted!

VICT. ¡Es verdad! Ni siquiera te enseñaron a recordarme.

BLANCA Usted no me pegará, ¿verdad?

VICT. ¡Te pegan! ¡Hija mía! ¿Te maltratan?

BLANCA La Roja es muy mala... Me da con el látigo y además me pellizca...

VICT. ¡Hija de mi alma!

BLANCA No me volverán a llevar con la Roja, ¿verdad?

VICT. No, nunca; nunca volverás a esa vida maldita. Estarás a mi lado, conmigo, con tu madre, porque yo soy tu madre.

BLANCA Yo no tengo madre.

VICT. Sí, hija, sí; yo soy tu madre, ¡tu madre! ¡Yo no te pegaré como la Roja!

BLANCA El padre también me pega. Esta noche cuando ha saltado ese hombre por la ventana y me ha cogido en brazos, he tenido mucho miedo, ¡mucho! pero no he gritado, porque me libraba de la Roja y el látigo...

VICT. ¿Quién es esa Roja?

BLANCA No sé. Siempre está con el padre.

VICT. ¡Alma mía! ¡En qué vida caíste! ¡Ya no vol-

verás nunca a aquél infierno! ¡Siempre estarás aquí, a mi lado... siempre conmigo! Yo te compraré muchos juguetes, una muñeca muy hermosa, ¿quieres?

BLANCA ¡Una muñeca! ¿De esas de verdad que hay en los escaparates?

VICT. De esas... La más linda, la que más te guste será para ti.

BLANCA Yo tengo esta: se llama Baby. Esta hecha con trapos. Un día la Roja, me la tiró al río... Fué el día que más me hizo llorar.

(En el momento que Victoria dice: «siempre estarás aquí, a mi lado, siempre conmigo» en el ventanal del foro aparece una mano y después la siniestra cabeza de Roberston. Permanece un instante inmóvil contemplando con sonrisa infernal la escena. Después salta a la habitación sin hacer ruido y avanza de puntillas. Cuando Blanca lo ve lanza un grito horrible de espanto.)

VICT. Yo te compraré una Baby de verdad, que sepa hablar y que te quiera mucho.

BLANCA ¡Pero también quisiera tener a Baby! ¡Pobre Baby! ¡Lo que ha llorado conmigo! ¡Es más buena! Si no me la llegan a sacar del río, se hubiera ahogado, ¿verdad?

VICT. ¡No, vida mía! ¡Las muñecas de trapo no se ahogan!

BLANCA ¿De veras? (En este momento repara en Roberston y lanza el grito de terror.) ¡Oh!

VICT. ¿Qué es eso? ¿Qué te pasa?

BLANCA (Señalando a Roberston.) ¡¡Allí!

VICT. (Sigue la dirección indicada por la niña y ve a Roberston. La cara de Victoria en este instante culminante revela el espanto, el asombro, la rebelión. Sobre todo esto se sobrepone el instinto indomable de la madre y se abraza a su hija y luego la coloca tras sí, excudándola con su cuerpo.) ¡Oh! ¡Tú!

ROB. ¡El menor grito, la menor indicación y te mato!

VICT. Vuelves a mí como lo que eres, como lo que fuiste siempre, como los ladrones.. ¿Qué vienes a buscar? ¿Qué pretendes robarme?

ROB. ¡Quiero la chica!..

VICT. ¡La niña!

BLANCA ¡No quiero, no quiero! (Se abraza trémula de miedo a la falda de Victoria.)

VICT. ¡La niña es mía! ¡Está en su sitio! Una vez a traición me la arrancaste de los brazos... ¡Hoy, cara a cara, frente a frente, ni tú ni tu banda de criminales me la robaréis otra vez!

ROB. (Con calma y sonriendo.) ¡Vengo a llevarme a la chica!

VICT. ¡Antes tendrás que matar a la madre! Por que mientras la leona tenga dientes y garras, no se dejará robar a su cachorro. (Se abraza convulsivamente a su hija, radiante de majestad y de gallardía.)

ROB. ¡Déjate de discursos y dame la chiquilla!

VICT. ¡No! ¡La vida si la quieres, bueno! ¡La posición, la fortuna, todo, pero la niña, no! ¡¡La niña, no!! (A medida que ha ido hablando, ha retrocedido hasta la puerta del segundo término izquierda (del actor siempre). Hace entrar a la niña, cierra la puerta, guardándose la llave en el seno.) ¡Entra aquí, hija mía! ¡Y no tengas miedo! ¡Esta noche no te pegará la Roja!

ESCENA IV

VICTORIA y ROBERSTON

ROB. (Riendo cínicamente.) ¡La Roja! ¿Te ha hablado de la Roja la muñeca?

VICT. Me ha hablado de tus crímenes, de tus infamias, de tus crueldades.

ROB, Qué poco sospecharías tú que los muertos resucitan, ¿verdad? Pues ya lo ves. (Pequeña pausa.) ¡Ja, ja! ¡Lady Kastenner!

VICT. ¡Miserable!

ROB. Quería acabar pronto, pero quizás será mejor que hablemos un rato. Y pocos insultos, ¿eh? porque si yo soy lo que soy, tú has engañado a un hombre haciéndote pasar por lo que no eres.

VICT. ¡Si se pudiera pagar con la vida!

ROB, ¡Es mejor pagar con dinero!

VICT. Acabemos de una vez... ¿Qué quieres de mí?

ROB. Dinero, ya te lo he dicho. Antes, cuando no eras noble, ni célebre, me sacabas de apuros

con tu sueldo, siempre mayor que el mío... Tú has ido subiendo...

VICT. Y tú bajando...

ROB. Cuestión de suerte... Pero acuérdate de nuestra vida de titiriteros errantes... Entonces me querías. (Con ironía.)

VICT. ¡Eras menos canalla!

ROB. ¡O más torpe! El hambre le avispa a uno mucho... Y yo he pasado mucha hambre por esos caminos... Te dejé porque—francamente—no me imaginé que llegaras donde has llegado. Te quité la chiquilla por si salía a ti, a los quince años...

VICT. ¡Oh! ¡Calla! ¡Qué piensas! ¡Calla, miserable!

ROB. Déjate de escrúpulos... Hay que vivir... Pero hablemos de lo que importa. Te he pedido dinero; una miseria para ti, que vives en la opulencia. Ya sé que has llegado a cobrar trescientas libras esterlinas por función. Eso no es justo. Tú millonaria y célebre y yo hambriento y olvidado... ¿Verdad que no es justo? Y luego no debes olvidar que la chiquilla es tu heredera.

VICT. ¿Pues por qué estás aquí todavía y no he llamado a mis criados para que te prendan, para que te arrastren?... ¿Por quién te he escrito y por quién venzo el asco que me inspiras, y te dirijo la palabra, sino por mi hija? Pero, ¡basta ya! ¡Y óyelo de una vez para siempre...! Entre tú y yo todo murió, como debiste morir tú en aquellas tierras. ¡Entre los dos no hay nada de común, ni aun esa hija, que es mía, solo mía! ¿Lo oyes? Mi fortuna, la que yo he ganado con mi trabajo es de mi hija, de esta hija que yo creí muerta y que Dios me devuelve. ¿Quieres dinero? Yo te daré dinero; no todo el que tú ambición y tu maldad desean, pero sí el suficiente para que puedas vivir y redimirte.

ROB. (Con sarcasmo.) ¡Una limosna...! ¡Gracias! Seguramente, el Lord será más espléndido que tú.

VICT. ¿Qué intentas, infame? ¡Hacer que ese hombre me arroje de su palacio! ¡Conseguir que me despoje de toda esta grandeza! ¿Y qué grandeza mayor que la de ese tesoro que me

aguarda? ¿Qué cariño mayor que su cariño? ¡Quítamelo todo y déjame a mi hija y seré más grande que nunca...!

ROB. ¡Dame la chica!

VICT. ¡Eso no! ¡Es mía! ¿Quieres el escándalo? No me importa... ¡Con él, tú lo perderás todo!

ROB. ¡Y tú también!

VICT. ¡Yo ganaré a mi hija!

ROB. Ese policía odioso me la ha quitado y ha sido lo suficiente estúpido para traerla aquí... Me habéis robado la chica y quiero llevarme lo que es mío.

VICT. No es tuyo. Tú la hundiste en tu vida y yo la salvo.

ROB. (Cogiéndola por la muñeca.) ¡Dame la chica, ¿lo oyes? dámela! ¡Quiero tenerla porque quiero tenerte a ti sujeta!

VICT. ¡Suelta!

ROB. ¡La llave de esa puerta, pronto!

VICT. ¡No! ¡Mátame antes!

ROB. ¡Quieres perderme, mujer! ¿No sabes que yo no retrocedo ante nada?

VICT. Lo sé... ¡Sé que eres un asesino!

ROB. (Tapándola la boca.) ¡Calla!

VICT. ¡¡Socorro!!

ROB. ¡Ah! ¡Tú lo quieres! ¡Sea! (Aprieta la garganta a Victoria. Esta se defiende como una leona, lanzando gritos roncos. Al cabo, Victoria cae al suelo lanzando un gemido. El cuerpo puede quedar tendido sobre una «chaise longue» o bien sobre la alfombra, oculto o semi-oculto por algún mueble.) ¡Ya callaste! ¡Era menester que callaras! ¡Bah! ¡Si muere, mejor! ¡Vamos por la heredera! (Se inclina sobre Victoria y le saca la llave del seno. Después abre la puerta y saca a Blanca, que sin soltar la muñeca se resiste a seguir a su padre.) ¡Vamos, despacio!

BLANCA ¡No quiero! ¡Yo quiero quedarme aquí!

ROB. ¡Calla o te estrello!... ¡La Roja se entenderá contigo! (La niña, temblorosa, echa a andar; de repente, sin querer, tira una silla.)

ROB. ¡Maldición! (Suelta a la niña y se pone a escuchar en la puerta del primer término. Entre tanto Blanca se ha ido acercando a Victoria, y dándole golpecitos con la manita, como para despertarla, la habla muy bajito, mientras la pone entre los brazos la muñeca, después de darla un beso.)

BLANCA ¡Mamá! Esconda usted a Baby... Ya que yo no puedo librarme de la Roja, ¡que la Baby se libre!

ROB. ¡Vamos! ¡Pronto! De puntillas... ¡Como hagas ruido!... (Roberston salta primero al jardín y luego coge a la niña desde fuera. Durante este tiempo, Blanca se vuelve sonriendo hacia Baby y la arroja un beso con los dedos... Hay una pausa larga. Al cabo de ella, la puerta de la izquierda se abre y aparece Alberto de Kastenner.)

ESCENA FINAL

LORD KASTENNER, VICTORIA. Lord Kastenner, al entrar, da la vuelta al conmutador de la luz. La estancia se ilumina intensamente. Abarca en conjunto la estancia con la mirada, sin ver a Victoria, y, de repente, sus ojos se fijan en el papel que al comenzar el acto penetró en la estancia con la piedra y que se halla en el suelo arrugado y medio roto. Lo lee. Sus piernas se doblan y tiene que sentarse en una silla. Hunde la cabeza entre las manos y permanece así un instante

LORD (Leyendo.) Nuestra hija ha desaparecido... Si antes de tres horas no he descubierto su paradero, habrás firmado tu sentencia de muerte. (Pausa.) ¡Ya acabo todo! ¡Qué importa ya nada! (Suspira. Hace un gesto de resignacion y se dirige de nuevo a la puerta. Al llegar a ella se vuelve y ve el cuerpo de Victoria. Rápido, poniendo en su gesto el amor que siente por Victoria, se lanza a socorrerla.)

LORD ¡Victoria! ¡Victoria mía! ¡No es posible! ¿Habrá cumplido su amenaza el miserable? (Se levanta, va a llamar a un timbre y se arrepiente. Saca su pañuelo, lo empapa en un vaso de agua de la mesilla de noche y rocía con él las mejillas de Victoria Esta, a poco, vuelve en sí.)

VICT. (Suspira. Luego se incorpora.) ¡Mi hija! ¿Dónde está mi hija? (Viendo abierta la puerta del segundo término izquierda.) ¡Me la volvió a quitar ese miserable!

LORD Tranquilícese usted, señora.

VICT. ¡Oh! ¡Alberto! ¡Perdón! (Cae de rodillas.)

LORD ¿Perdón? ¿De qué?... Levante usted, señora.

¡Ha debido usted recibir una impresión muy terrible!

VICT. ¡He destrozado tu vida, Alberto!

LORD ¡Qué importa mi vida! La fatalidad es siempre más fuerte que nosotros .. Vaya usted al lecho, señora, y reponga el espíritu del amargo dolor de esta noche de tragedia... (La conduce suavemente hasta la cama. Después inicia el mutis.)

VICT. ¿Dónde vas, Alberto?

LORD (Sereno, inmenso de grandeza.) ¿No dice usted que le han robado a su hija, señora? Voy a buscarla... y a devolvérsela. (Mutis Alberto.)

VICT. (Intenta seguirle y cae desvanecida en la «chaise-longue». Sus manos tropiezan con la muñeca de trapo y trémula de emoción, la va elevando como si fuera una Hostia, y después, llorando con un inmenso desconsuelo, entre sollozos desgarradores, besando delirante la muñeca, exclama.) ¡Baby! ¡Baby! ¡Baby...! (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La Barrera Northon. Andén de un puente fluvial a la salida de un túnel de ferrocarril, que se ve a la izquierda del actor. Limitando el puente, en segundo término, cruza toda la escena un baranda l de hierro con altos pilares negros, cada uno de los cuales sostiene un farol apagado. Al fondo, la ciudad iluminada de Londres. Son las dos de la mañana. La escena está semi-oscura y sombría.

ESCENA PRIMERA

ARTURO RIPTON, vistiendo andrajosamente la ropa de un lobo de mar, con gorra de hule negro y corta perilla blanca, fuma una pip a recostado en el puente junto a un farol. Momentos después de levantarse el telón, se oye por la derecha un cauto silbido. Ripton escucha y ve aparecer por ese lado a BRUSKIN, vestido de igual modo y aparentando también ser viejo.

ART. (A media voz.) ¿Qué hay Bruskin?

BRUS. (Idem.) Nada, señor. En toda la ribera no alienta un alma.

ART. ¿Y en el s tio de la cita?

BRUS. Tampoco. ¡Graznidos de gaviotas que han levantado el vuelo al foco de mi linterna. La hondonada está solitaria.

ART. Está bien. (Mira el reloj.) Faltan quince minutos. La canalla no estará lejos y lord Kastenner será puntual. Ya sabes que trae diez mil libras y hay que salvarlas hasta el último penique.

BRUS. ¿No le tendrá miedo a la cita?

ART. (Con altivez.) Donde está Ripton, solo el mal tiene miedo.

BRUS. Ciertamente, Sir. Unicamente con usted se puede estar a las dos de la mañana en la barrera Northon.

ART. Lord Kastenner vendría solo también. Le sobra temple para habérselas con toda esta trahilla. Y basta de charla, Bruskin; a tu sitio y que no se escape un hilo. Así que el Lord tenga en su mano el collar azul, descargas el golpe.

BRUS. No hay cuidado, señor, seré exacto.

ART. En seguida, encima del perro que reciba el dinero.

BRUS. No se escapará.

ART. Con cuidado. Hay que evitar que se arrojen al agua; nadan como los peces y nos ganarían la partida. A Jorge Roberston hay que cazarlo vivo... A los demás... lo que haga falta, ¿entiendes?

BRUS. Perfectamente, señor.

ART. Pues al acechó, ¡volando! Bien cubierto por las matas de la ribera; que no se oiga la respiración; yo estoy en el macizo de los chopos. En cuanto veas el collar azul en las manos del Lord, el golpe y la señal como un relámpago; si falta algo, te mato.

BRUS. Ya sabe usted que no me duermo.

ART. (Creyendo oir pasos hacia el túnel.) Ya lo sé... ¡Chits! ¡Listo, al acecho!

(Salen cautelosamente por la derecha.)

ESCENA II

JORGE ROBERSTON, RUNKORF, CHAMILLARD, LA ROJA y BLANCA. Todos por el túnel. Jorge, viste como en el acto anterior. Runkorf y Chamillard, con chaquetas cortas de bolsillos oblicuos, pantalón de pana muy estrecho, gorras de larga visera y botas altas. La Roja, viste un claro traje y un chal a la cintura. Es de rostro agraciado, de dura expresión y tiene el pelo basto de fuerte color rojo. Salen primero Jorge y Chamillard, después Runkorf y La Roja que lleva de la mano, tirando de ella con violencia, a Blanca. Todos se mueven en actitud recelosa y furtiva

ROB. ¡Nadie!

CHAM. ¡Aun no es la hora!

ROB. ¿Y la Roja y la chica?

CHAM. Ahí detrás vienen. ¡Maldita noche! ¡Hace un frío que corta como una navaja!

ROB. Pero hay luna... Las aguas del Támesis relucen como un espejo. Desde un kilómetro se vería caer un cuerpo al agua...

CHAM. ¿Es que piensas remojar al Lord?

ROB. ¡Quien sabe! ¿Y Runkorf?

CHAM. Viene con la Roja... La chiquilla no puede andar... Dice que le sangran los pies.

ROB. ¡Maldita chiquilla! Malo será que no nos pierda.

CHAM. Debiste dejarla en Londres.

ROB. Ese Ripton del infierno me la hubiera vuelto a robar... En la cueva de la casa negra estará más segura.

(Entran Runkorf y la Roja tirando de Blanca que aparece extenuada, vencida. La Roja, de vez en cuando, la pellizca para que ande.)

BLANCA ¡Por Dios, Roja! ¡No me pegues más!

ROJA ¡Anda, perra! Una llaga te he de hacer de la piel, para que obedezcas.

BLANCA ¡No puedo más! ¡Madre mía!

RUN. ¡Deja a la chica, no la martirices! ¡Eres una víbora, Roja!

ROJA ¿Qué graznas tú ahí? ¿Desde cuando tienes tú sentimientos, verdugo?

RUN. ¡Verdugo, sí... pero de hombres!

ROB. ¿Qué pasa?

BLANCA (Avanza hacia su padre, buscando su amparo. Roberston la rechaza.) ¡Padre! ¡No puedo más. Llévame otra vez con aquella señora. ¡No puedo más!

ROB. ¡Calla o te estrello!

BLANCA ¡Madre de mi alma!

ROB. ¡Tú, Runkorf... agarra a la chica y llévatela aunque sea a rastras a la casa negra!

BLANCA ¡Andar otra vez!

ROB. Largo de aquí, de prisa y en silencio.

RUN. ¡Vamos, chiquilla... Trae la mano... No llores... En cuanto bajemos del puente, te cogeré acuestas!

BLANCA ¡Tengo miedo! ¡Yo no quiero ir a la casa negra!

ROB. ¡Largo, he dicho! A rastras, ¿lo oyes, Runkorf? ¡A rastras!

RUN. Vamos... Apóyate en mi brazo .. Hoy Jorge está de malas... ¡Capaz es de pegarte!

BLANC. ¡Eres bueno, Runkorf... El mejor de todos.

RUN. Soy un verdugo... pero menos verdugo que la Roja... La Roja es una víbora... Apóyate, chiquilla, apóyate.

(Hacen mutis primero derecha.)

ESCENA III

ROBERSTON, LA ROJA, CHAMILLARD y luego RUNKORF

CHAM. ¿Qué es lo que hay que hacer? ¡Pronto, que el tiempo vuela!...

ROB. ¿Traes el collar?

ROJA En el pecho lo llevo.

ROB. Cuando suenen las dos, tú (A Chamillard.) te cuelgas como un lagarto al estribo del puente... Tú, (A la Roja.) ya sabes el cuento... lágrimas y mala intención... Después ¡a la casa negra!

CHAM. ¿Vendrá solo?

ROB. Desde aquí se distinguen dos leguas en contorno... Si trae gente, nos ocultaremos y cuando pase...

ROJA ¡Al corazón!

ROB. O la cabeza... que se mata antes.

ROJA ¡Pero suele fallar!... Acuérdate del banquero de Nápoles... ¡Si no es por mí!...

ROB. Tienes la mano firme, Roja...

CHAM. ¡Silencio! ¿No oís?

ROJA (Pausa.) ¡Yo no oigo nada!

ROB. Es el tren.

ROJA O las gaviotas. Eres un cobarde, Chamillard.

CHAM. No son las gaviotas... ¿No oís? Alguien corre.

ROJA Es el viento, cobarde.

ROB. ¡Calla!... Alguien corre... tienes razón... agáchate, Roja. ¡Y tú, Chamillard, mano al puñal!

ROJA (Despectiva.) ¡Sois muy cobardes! ¡Os asusta la noche! ¡No teneis corazón!

ROB. (Amenazador.) ¡Callarás de una vez!

(Entra Runkorf, trémulo de terror, primero derecha.)

1ª D. Serrano

RUN. ¡Jorge! ¡Jorge!
ROB. ¿Qué pasa? ¿Y la chica?
RUN. ¡Allá en la hondonada la dejé!
ROB. ¿Qué pasa? ¡Habla!...
RUN. ¡En el macizo de los chopos, he visto una luciérnaga!
ROJA ¡Luciérnagas en invierno!
ROB. ¡Calla!
RUN. He soltado la chiquilla... Y arrastrándome por entre los chopos, me he ido acercando...
ROB. ¿Y qué has visto?
RUN. Alguien nos espía.
ROJA ¡Nos han vendido!
ROB. ¡Maldito Ripton! ¿Quieres un duelo a muerte? Está bien... ¡No quedará por mí! Tú, Runkorf, vuelve por la chiquilla y, sea como sea, condúcela a la casa negra. Mientras tengamos a la chiquilla, tendremos a la madre. ¡Vuela! ¡Tú me respondes de la chiquilla con tu vida! ¡Pronto! (Mutis Runkorf primero derecha.) Agáchate, imbécil... Las serpientes no ofrecen blanco a las balas. Tú, Chamillard, arrástrate hasta la cañada y espéranos allí. Si al pasar por tu lado, oyes un silbido, es que el Lord trae las libras. Te lanzas sobre él y le colocas la mascarilla. Todo en silencio, no quiero ni un grito. A tu puesto.
ROJA ¡Mira... a lo lejos... Las luces de un auto!
ROB. Es él... Chamillard... ¡A tu sitio! (Mutis Chamillard.) Tú, Roja, ya sabes la lección... Túmbate ahí... a la entrada del puente... ¿Traes el estilete?
ROJA ¡No se separa de mí!
ROB. Al menor asomo de sorpresa...
ROJA ¡Menos palabras! Yo ya soy veterana y sé mi obligación...
ROB. ¡Eres brava!
ROJA ¡Soy la Roja! ¡Si yo hubiera nacido hombre!...
ROB. ¡Silencio que llega! ¡No viene solo!
ROJA ¡No te asustes! Yo me encargo de uno.
ROB ¡Calla! No olvides tu papel o estamos perdidos. (Se esconde en el túnel.)

ojo (vuelta)

ESCENA IV

La ROJA, LORD KASTENNER, PETERS. Luego ROBERTSON

Sale Kastenner en actitud grave, fría y escrutadora, con una browning en la mano derecha, que mantendrá baja. Tras él, Peters, rígido y frío también, con una mano metida entre los botones de su casaca; lleva polainas de cuero, que se podrán quitar fácilmente, gorra de visera galoneada y gafas de Chauffer. Ambos, primer término derecha. La Roja estará tendida junto al túnel y al barandal del puente

LORD (Dirigiendo frías miradas a varios puntos.) La canalla no es puntual, Peters.

PETERS Señor, con su perdón, creo que esto es una temeridad.

LORD (Altivo y reconviniéndole.) ¡Silencio! ¿Tienes miedo?

PETERS Por su vida, señor. Yo...

LORD (Con desaliento.) ¡Mi vida! ¡Bah! ¿Qué importa, Peters? Hace dos horas tenía valor. Ahora no será esa canalla quien haga el bien de quitármela.

PETERS ¡Señor!

LORD (Sin atenderle y reparando en la Roja.) ¿Qué es eso?

PETERS (Adelantándose a ella. Se inclina para mirarla y la empuja ligeramente con el pie.) ¡Eh! ¡Arriba!

LORD ¡Cuidado, Peters!

PETERS (Cogiéndola un brazo y secudiéndolo.) ¡Arriba, sabandija!

ROJA (Como volviendo en sí.) ¡Ah, Dios mío! ¡Basta! ¡Basta! ¡Compasión! Yo te obedeceré.

PETERS (Perplejo.) ¿Qué refunfuñas, mala víbora?

ROJA (Mirándole fijamente se levanta con rapidez y se junta a él como amparándose contra alguien.) ¡Ah, señor! ¡Por vuestros hijos, por Dios, socorredme!

PETERS (Empujándola para separarla.) ¡Qué diablos dices? ¡Aparta! ¡Quita!

LORD (Imperativo.) ¡Peters!

PETERS ¡Señor!

LORD ¡Quieto! ¿No ves que es una mujer?

ROJA (Fingiendo gratitud y tratando de ir junto al Lord, a

la vez que Peters, receloso, la detiene.) ¡Gracias, señor! ¡El cielo se lo pague!

LORD ¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

ROJA ¡Socorro, señor! ¡No me abandonen, por piedad! (Cogiendo y besando la mano que Peters tiene tendida para impedirle avanzar. Peters, empezando a conmoverse, retira su mano.) ¡Por sus hijos, si los tienen! ¡Por su madre!

PETERS (Desasiéndose de sus manos con cierta dulzura.) Bueno, bueno, ya basta.

LORD ¡Quieto, Peters! ¿De quién tienes miedo, muchacha?

ROJA ¡Es una fiera, señor; una fiera que me quiere hacer su cómplice! ¡Yo no puedo, señor, no puedo! ¡¡Ah!! (Da un grito intenso y ahogado al sentir la mano de Roberston, que saliendo del túnel, le coge un brazo. Fingiendo verdadero terror, corre a refugiarse junto al Lord, a cuyo brazo izquierdo se coge. El Lord, sin resistirse, levanta la mano derecha y apunta con decisión la browning hacia Roberston. Peters saca también un revólver y hace lo mismo. Roberston, atemorizado, con gesto de ira, se arrincona junto al túnel acurrucándose.)

ESCENA V

DICHOS y ROBERSTON

ROJA ¡Socorro! ¡Socorro!

PETERS ¡Ira de Dios!

LORD ¡Quieto ahí, granuja!

ROB. (Con ira reconcentrada.) ¡Maldita Roja!

ROJA (Refugiándose.) ¡Socorro!

PETERS Señor, ¿disparo?

LORD Baja el arma, Peters. (Los dos lo hacen. Roberston cobra un poco de confianza.) Eres más cobarde que bandido. ¿Qué te ha hecho esta mujer?

ROB. (Siempre reconcentrado.) Esa mujer...

LORD (Con asco.) ¡Habla!

ROB. Esa mujer es mía...

LORD ¡Miserable!...

ROB. Dádmela; porque no creo hayáis venido para eso al Támesis.

ROJA ¡Señor, señor!

LORD (Compasivo.) No temas, muchacha. (A él.) ¿Esta mujer, es todo lo que quieres?

ROB. (Cínico.) Primero la mujer... Después... lo que habéis venido a traer a la barrera.

LORD (Despreciativo.) ¡Eres todo un bandido!

ROB No he podido llegar a Lord.

PETERS ¡Señor! (En actitud de abalanzarse a Roberston.)

LORD (Enérgico.) ¡Peters! (Este depone su actitud. Pausa.) ¿De modo que tú eres el ladrón del collar azul?

ROB. Yo soy el dueño de la joya.

LORD Esta bien; es lo mismo.

ROB. Y se la vendo a usted casi de balde.

LORD Diez mil libras. ¿Es ese el precio?

ROB. Usted lo ha dicho. Si están dispuestas y en efectivo.

LORD (Sacando un paquete bastante abultado.) Aquí las tienes. ¿Dónde está el collar?

ROB. Ahí cerca. Nuestro oficio no es para tontos, Lord. Ya se comprende que no lo voy a llevar encima.

LORD Me has citado en la barrera, granuja.

ROB. Naturalmente, Lord. Esto se ve desde muy lejos, y, a estas cosas, no nos gusta que venga compañía. Hasta el chauffer sobra.

LORD ¡Cobarde! Vamos donde sea.

ROB. Estoy a las órdenes del Lord.

LORD Acércate.

ROB. (Con recelo.) ¡Si me asesina usted!...

LORD No tengas miedo; no vales la pólvora de un tiro. (Roberston se acerca un paso. La Roja sigue atemorizada.) Necesito el collar azul y la hija de Lady Kastenner, ¿has oído?

ROB. ¿Eh? ¡Eso vale muchas libras!

LORD ¡Pídelas!

ROB. ¡No las trae usted!

LORD Las traeré.

ROB. Otro día, Lord; hay tiempo.

LORD Necesito la niña, hoy mismo; ahora mismo, ¿entiendes? Cobra el dinero y guarda el collar, pero dame la niña; sin chistar y en el acto, o te aplasto como a un perro; elige.

ROB. (Con temor y cinismo.) Señor, un poco de calma.

LORD (Adelantándose hacia él, frío, amenazador y resuelto.) Necesito ahora mismo la niña. (Cogiéndole

fuertemente por el cuello.) ¡Pronto! ¿Dónde está, bandido?... ¡La niña o te estrangulo!

ROB. (Fingiendo acceder.) ¡Señor! ¡Señor! (Soltándose.) Tiene el puño más fuerte que las gruas del río... Será de usted la niña... ¡Vamos! Está cerca. Yo la traería... pero necesitamos precaución.

LORD Pasa delante y defiende la cabeza: al menor intento te abraso.

ROB Está bien, Lord.

(Pasa delante y al llegar junto a la Roja hace un gesto amenazador. Ella grita y va rápidamente junto a Peters que estará al lado del túnel.)

LORD ¡Peters!

PETERS ¡Señor!

LORD Cuida de esa mujer y apunta al corazón de quien la amenace...

PETERS Bien, señor.

LORD Y quieto aquí hasta que yo venga.

ROJA ¡Ah, señor, el cielo le bendiga!

(Salen por la derecha primer término.)

ESCENA VI

PETERS y la ROJA

ROJA (Muy junto a Peters manteniendo su temor.) ¡Peters, señor Peters! Por Dios, no me abandone usted. El señor lo ha dicho... Si me cogen, me matarán...

PETERS (Enternecido.) No tengas miedo. Yo obedezco a ciegas, y mi amo me ha dicho que dispare al corazón si te amenazan.

ROJA Qué bueno es usted, Peters. (Acercándose mucho a él y cogiéndole un brazo.) Tengo miedo... tengo mucho miedo... son tan malos...

PETERS Vaya, vaya, calma, chiquilla. Peters se atreve con todos.

ROJA (Mirando al túnel con gran temor.) ¡Ahí, ahí, mire usted, viene alguien!

(Peters mira al túnel sin que ella se desprenda de su brazo. Mientras mira, ella saca con gran disimulo un largo estilete que verá el público. Peters vuelve hacia ella su cuerpo.)

PETERS Tranquilidad, niña; tú ves fantasmas.

ROJA (Con el estilete empalmado y abrazándose a Peters como pidiendo una suprema protección.) ¡Ah! Señor Peters. Tengo miedo. ¡Favor! ¡Socorro!
(Clava el estilete en el corazón de Peters, que arroja un grito ahogado, yendo a desplomarse junto al bastidor en el interior del túnel. El público ha de ver esta escena en todo su detalle, para lo cual los actores estarán de perfil, dando él la espalda al túnel.)

PETERS ¡Ah!

ROJA (Con brusca transición, después de inclinarse a mirarlo.) ¡Como un pájaro! ¡No se me ha ido ni uno!

Silbido

ESCENA VII

La ROJA, y a poco, CHAMILLARD

La Roja lanza un silbido corto y agudo. A poco entra Chamillard. Hablan en voz baja

CHAM. ¿Roja? ¿Roja?

ROJA Aquí... Chamillard... Junto al túnel.

CHAM. ¿Despachaste?

ROJA Sin un grito... Ahí está...

CHAM. Sabes como nadie el camino del corazón... Eres una maestra..

ROJA Arrímate al puente... ¿viene alguien?

CHAM. (Se asoma y de repente se tira al suelo, y, arrastrándose, se dirige a donde está la Roja.) ¿Roja? Alguien viene.

ROJA ¿Por dónde?

CHAM. Por la ribera.

ROJA ¿No es de los nuestros?

CHAM. Ya sabes que mi vista atraviesa las sombras como un puñal. No es ninguno de la banda.

ROJA ¡Ah! ¡El policía! ¡El maldito! ¡Pronto! ¡El chaquetón al río!
(El lo hace.)

CHAM. ¿Qué vas a hacer?

ROJA Desnudar al muerto. (Desde dentro figura desnudar al cadáver del chauffer y va arrojándole las prendas a Chamillard.) ¡Toma! La librea. ¡De prisa! Ahora la gorra... ¡Toma!... Las gafas del auto... ¡Póntelas!... ¡Pronto!

CHAM. (Vistiéndose rápidamente.) ¡Ya estoy!

ROJA ¡Eres el chauffer de Lord Kastenner. Es preciso que el policía no sospeche de ti.

CHAM. Comprendido... En cuanto se me acerque... (Acción de dar una puñalada.)

ROJA Eres un bestia, Chamillard... Nunca serás nada... Le dices que se han llevado al Lord hacia la explanada y le montas en el auto.

CHAM. ¿Y a dónde me le llevo?

ROJA ¡Al infierno que os trague a los dos!

CHAM. ¿A dónde vas tú?

ROJA Yo, a la Casa Negra. La chicuela me está aguardando... Y no es cosa de que espere la pobrecita. (Mutis por la derecha, primer término, riendo con risa agresiva y punzante.)

ESCENA VIII

CHAMILLARD; luego, ARTURO RIPTON; después, BRUSKIN

Chamillard pasea por el puente. A poco sale Ripton, derecha segundo término, encarándose en seguida con Chamillard. Este se queda inmóvil

ART. ¿Qué haces ahí?

CHAM. Tomar el aire del Támesis. ¿Qué quieres?

ART. Responde. ¿Qué haces ahí?

CHAM. Esperar.

ART. ¿A quién esperas?

CHAM. ¿A ti que te importa? Yo no tengo más que un amo. (En actitud de sacar un arma.) ¿Vienes contra él tu también, granuja?

ART. ¿A quién sirves? Responde y fíjate en quien soy...

CHAM. (Fingiendo respeto.) Un detective...

ART. ¿Conoces a Arturo Ripton?

CHAM. ¡Sir Ripton! ¡Buen Dios! No abandone a mi amo.

ART. ¿Qué dices?

CHAM. Por lo que más quiera usted. Esos canallas van a perderle. Le han llevado a la explanada para darle un collar que le robaron.

ART. ¿Ha venido Lord Kastenner?

CHAM. Hace un cuarto de hora, señor. Me ha ordenado que le aguarde; ya le conoce usted; es

bravo como un pirata, y se ha empeñado en ir solo. Temo por su vida. Corra usted a la explanada. Quién sabe si ya es tarde.

ART. ¡Roberston del infierno! (Lanza un agudo silbido junto al barandal.) ¿Dices que hace un cuarto de hora? ¿Por dónde habéis venido?

CHAM. Por la cuneta, señor.

ART. ¡Maldición! ¡Bruskin!

BRUS. (Saliendo precipitado.) ¡Aquí estoy!

ART. ¡Volando! ¡A la ribera! A cortar el atajo a la manada. Dispara al bulto aunque no dejes uno.

BRUS. ¿Qué ha pasado, Sir?

ART. Sin chistar. ¡Como un rayo! ¿No oyes que se han ido?... ¡Fuego sobre todo el mundo! A escape, muchacho. ¿Conoces el camino?

CHAM. Como mi casa, señor.

ART. Al auto en seguida, y, si los ves por delante, aplástalos. ¡Ira del Cielo!

(Salen por la derecha primer término, yendo Chamillard delante. Queda la escena sola unos instantes. Pasados los cuales sale por la derecha, segundo término, Victoria, de negro, con manto. En actitud a la vez resuelta y aterrada mira a todas partes. Se fija en el cuerpo de Peters y lanza un grito. Después adelanta hacia él.)

ESCENA FINAL

VICTORIA, sola; después, BLANCA y la ROJA

VICT. ¡Oh! (Yendo al túnel.) ¿Qué es esto, Dios mío? (Inclinándose al cuerpo.) ¡Peters! ¡Peters! (Sacudiéndole.) ¡Peters! ¡Ah, bandidos! ¡Le han matado! ¡Qué horror! ¡Y mi Alberto! ¡Noble Kastenner! (Se oyen lejanas y apagadas dos detonaciones y un silbido.) ¡Jesús! (Apoyada en el barandal, desfallecida junto al túnel.) ¡El cielo me ayude!

(Sale por la derecha, primer término, la Roja, que viene huyendo y tirando brutalmente de la mano de Blanca.)

ROJA ¡Deprisa, perra! (Se detiene al ver a Victoria.) ¿No ves que nos persiguen?

BLANCA ¡No puedo más!

VICT. ¿Eh? ¿Qué voz es esa?

BLANCA Déjame descansar.

ROJA ¡Calla!

VICT. ¡Es ella! ¡¡Es mi hija!! ¡¡Blanca!!

BLANCA (Da un tirón definitivo de la mano de la Roja y se abalanza a los brazos de Victoria, abrazándose a sus rodillas.) ¡Madre!

VICT. ¡Hija!
(Se abrazan con delirio.)

ROJA ¡Eh! ¿Qué es eso? Ven aquí, perra... ¿Quién es usted?

VICT. ¿Quién eres tú? ¿Eres la Roja, verdad? ¡Yo soy la madre!

ROJA ¡Lady Kastenner!

VICT. (Radiante de grandeza.) ¡La madre! ¡Más noble que Lady Kastenner y más fiera que tú!

ROJA ¡No sé quién es usted! ¡Deme la chica!

VICT. ¡Atrás! ¡No oyes que es mía! ¡No ves que es mi hija!

ROJA ¡La chica es nuestra! ¡Venga la chica! Por las buenas... o si no... (Saca el estilete y pretende lanzarse sobre Victoria. Esta rápidamente saca un revólver y la apunta con él. La Roja retrocede.)

VICT. ¡Atrás, Roja! ¡Soy más fiera que tú! ¡Tú no tienes hijos!

ROJA ¡Maldición!

VICT. ¡De rodillas, Roja! ¡De rodillas ante tu víctima! ¡De rodillas ante su carne martirizada!

ROJA ¡Ya me las pagarás!

VICT. Por todo su tormento... por todas sus lágrimas...

ROJA Yo sabré vengarme... (Humillándose hasta caer de rodillas.)

VICT. ¡De rodillas! ¡Así! ¡De rodillas!...
(Telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO

Maximino y Serrano 1da

ACTO CUARTO

Habitación siniestra de una casa en ruinas. Pendiendo del techo un farol grande y sucio. A derecha e izquierda paredes de piedra ennegrecidas por el tiempo. Convenientemente distribuídos por la escena, montones de ladrillos, tinas de varios tamaños y un banco de piedra, a la izquierda, todo del mismo tono que las paredes, dando la impresión de un interior abandonado. Al fondo un amplio portalón, tras el cual se ve otra habitación sombría en cuyo último término habrá un montón de piedra y maderas como de un derrumbamiento. En el suelo de esa habitación hay una trampa practicable a su tiempo que se supone funciona por un resorte colocado bajo el banco. En la escena, segundo término derecha, habrá en la pared una piedra o losa de forma irregular y de tamaño suficiente para dar paso a un hombre, practicable de modo que pueda girar hacia dentro. Es el atardecer, y en la escena hay poca luz.

ESCENA PRIMERA

JORGE ROBERTSON y RUNKORF

Salen por el fondo izquierda a poco de levantarse el telón. Runkorf se detiene junto a la trampa y se inclina sobre ella escuchando

RUN. ¡Oye, Jorge! (Jorge retrocede hasta él) ¿Se habrá enfriado? (Por alguien que hay dentro.)

ROB. ¡Si no fuera por las libras que tiene, ya estaría con los gusanos! ¡Maldito Lord!

RUN. Bueno... pero éste... (Por el corazón.) lo tiene así. (Expresando con las manos algo grande.)

ROB. ¡Los puños, los puños, Runkorf! ¡Mal rayo! Aún no sé si me ha partido una costilla.

RUN. ¡Mala noche, Jorge!

ROB. (Rabioso.) ¡Somos unos gallinas, yo el primero, los dos contra él y!...

RUN. Gracias a la mascarilla. Si me retraso un poco nos avía.

ROB. (Inquieto y colérico.) ¿Y la Roja?... ¿Y Chamillard?... ¿Se los ha tragado el Támesis? ¿Y la chica? Va a subir la marea de la noche y no ha llegado ni el rastro de ninguno.

RUN. ¿Estás seguro de que la Roja se hizo con el chauffer?

ROB. La Roja no falla nunca... y se quedó con él en la barrera.

RUN. Oye, Jorge. Lo que me choca es que el auto se haya hecho astillas. ¿Estás seguro de que era el del Lord?

ROB. Tan seguro como de que te han de ahorcar.

RUN. (Atemorizado.) ¡Jorge, esas bromas son pesadas!

ROB. Era el auto del Lord sin una sola costilla de Chamillard entre los pedazos.

RUN. Es extraño eso.

ROB. Y tan extraño. (Pausa.) Gracias que aquí no llega la pupila de Ripton, si no, creo que podías vender tu pescuezo por un penique. (Repentinamente creyendo oir pasos por el fondo.) ¡Eh! ¿Qué es eso?

RUN. (Aterrorizado.) Se oyen pasos, Jorge; no hay duda. Vámonos a la cueva.

ROB. (Escuchando con gran temor también.) ¡Nos han echo traición!

RUN. (Cada vez más aterrorizado.) ¡Que vienen, Jorge, que nos cazan!

ROB. ¡A la cueva, Runkorf! Dale al resorte. ¡Volando, como una centella!

(Runkoff va a oprimir el resorte del banco. Roberston se prepara para bajar a la cueva, en este momento entra la Roja por el fondo con algunos girones en la ropa y el cabello desgreñado; tiene el gesto sobresaltado y temeroso.)

ESCENA II

DICHOS y la ROJA

ROB. y RUN. ¡Roja!

ROB. ¡Así te pudras, alguna vez habías de volver!

ROJA Eso es, encima gruñe. No traigo ganas de sermón. ¡Dejadme! (Echándose sobre el banco.)

ROB. ¿Qué te hablas?

ROJA Creí que no llegaba nunca. Ya os querría ver a vosotros. A correr como liebres y al nido. La Roja que se apañe, y si puede que se defienda sola o que la trinquen. ¡Gallinas! La Roja no corre como vosotros. Tiene más corazón.

ROB. ¿De dónde vienes?... Acaba. Me estás encendiendo la sangre.

ROJA (Incorporándose.) ¿No lo has oído? (Reconcentrada.) Ese perro de Ripton, me ha tenido al alcance todo el día. Tanto así (Con los dedos) le ha faltado para echarme la garra. He dormido con las gaviotas en el macizo de los chopos y he almorzado con las sabandijas en la ribera... Arrastrándome como ellas he podido llegar a la explanada y no sé qué diablo del infierno me ha traído hasta aquí.

ROB. ¿Y Chamillard, dónde está? ¿Le has visto? Acaba de una vez.

ROJA ¡Chamillard! ¡Ja, ja! ¡Qué sé yo! ¡Los buitres puede que te lo digan!

ROB. ¿Qué dices, Roja?

ROJA Lo que oyes. Ese policía lleva los diablos en el cuerpo. Se fué con Chamillard como un colegial y se coló en el coche. A los cuatro pasos reventó el motor. El auto se hizo cachos y allá está en la cuneta. Chamillard ha volao. Ya te digo que los buitres sabrán dónde para.

ROB. ¿Y tú has visto a Ripton?

ROJA Con la mano encima todo el día. Ya te hubieras escurrido tú.

RUN. No ha faltado tela. Si no es por la mascarilla no te estaríamos oyendo. Es mucho Lord ese. (Señalando a la trampa.)

ROJA ¡Eh! ¿Qué dices? ¿Lo habéis trincao?

ROB. Ahí está en la cueva... esperando el collar azul.

ROJA (Mirando a la trampa.) Aguarda, aguarda, ya verás lo que vale poner a la Roja de rodillas. Abre la cueva, Jorge; necesito meterle en el corazón todo el veneno que me ha echo tragar la perra de su hembra.

ROB. (Asaltándole un temor.) ¡Roja! ¿Qué dices? ¿Tú has visto a la mujer del Lord?

ROJA En la barrera, (Llena de ira y de venganza.) como una furia del infierno apuntándome a la frente y haciéndome—¡a mí, a la Roja!—haciéndome morder el polvo de rodillas...

ROB. (Temeroso y siniestro.) ¿Y la chica, Roja, dónde la has dejado?... La chica...

ROJA (Atemorizada y sin responder.) Abre la cueva...

ROB. La chica... ¿dónde está?

ROJA (Un poco acobardada.) Allí, en la cuneta...

ROB. ¡Mientes! ¿Qué has echo de la chica? (Amenazador.) ¿Te la han quitado? ¡Dilo!...

ROJA (Decidida y reponiéndose.) Me la han quitao... ¡sí!, me la ha robao aquella fiera.

ROB. (Hacia ella siniestro.) ¡¡Roja maldita!!

ROJA ¿Por qué no has venido tú a defenderla?

ROB. (Abalanzándose a ella. Runkorf le detiene.) ¡Rayo del infierno! ¡Ahora verás!

RUN. ¡Jorge, Jorge!...

ROJA (Sacando el estilete y apretándose a la lucha.) ¡Acércate!

ROB. (Transición.) Si no fueras una mujer... (Pausa larga.)

ROJA Bien me pagas.

ROB. La chica ha de volver, ¿entiendes? A ti te la han quitao y tú has de traerla.

ROJA La buscaré, pero pa matarla.

ROB. Ya veremos eso, y al Lord, cuidado; cuando haya entregado todas las libras, haz lo que quieras. Mientras tanto, quieta. ¡Runkorf! Abre la trampa y avisa al Lord.

(Runkorf se dirige al banco simulando oprimir un resorte debajo del asiento, se abre la trampa y desciende por ella. La Roja queda en la derecha primer término, Roberston en la izquierda. Runkorf sale detrás del Lord y así queda en el fondo, junto a la trampa que permanecerá abierta toda la escena.)

ESCENA III

DICHOS y LORD KASTENNER

ROB. ¡He dicho que quieta, Roja! ¿Estamos entendidos?

ROJA Ya lo he oído.

ROB. Hay que cobrar la chica y la madre, y eso vale mucho; el Lord no lo dará de una vez. Además el collar azul, que se le había puesto muy barato.

ROJA Para ti todo. A mí me basta con vengarme.

(Aparece Lord Kastenner por la trampa. Va descubierto, con algún desorden en el cabello y las manos atadas por la espalda. Su rostro está pálido, su ademán altivo, sereno y arrogante. Al aparecer adelanta dos pasos, se fija en Roberston y la Roja mirando a uno, después a otro, con altivez desdeñosa. Runkorf queda atrás.)

ROB. (Un poco humillado por la arrogancia del Lord.) Buenas tardes, Lord. (El Lord le mira con desprecio y vuelve la vista a otro lado.) Nos perdonaréis si las ligaduras os molestan un poco. Vuestro puño es de acero, tenéis un carácter violento... y queremos ser vuestros amigos.

LORD (Sonriendo con desprecio) ¡Cobarde!

ROB. (Con sorna.) Si el señor se incomoda no nos vamos a entender.

ROJA (Mirando a Kastenner con ira.) ¡¡Perro!!

LORD (Reconociéndola y mirándola con desprecio. Aparta de ella su vista. Después vuelve a mirarla con expresión inquisitiva.) ¿Tú también eres de la trahilla?

ROJA ¡Jorge!... (Amenaza.)

ROB. ¡Quieta! Lord Kastenner es bueno y entrará en razón.

LORD (Altivo y aplomado.) ¡Basta! Volvedme a encerrar o asesinarme... Todo menos veros.

ROB. Un poco de calma, señor, tranquilícese .. Aquí no recibirá ningún daño. Es bien poca cosa lo que queremos. ¡Roja, saca el collar azul!

ROJA (Sacándolo del seno, envuelto en un papel de seda, mientras dirige a Kastenner miradas de odio.) Ahí lo tienes. (Se lo da.)

ROB. (Con socarronería.) Nuestro joyero lo ha tasado en cien mil libras esterlinas. (Lo saca y lo levanta colgándolo de los dedos.) Vale más, Lord. Es una linda joya, pero nosotros no tenemos ambición, nos contentamos con eso. (Pausa, mirando a Kastenner y al ver que no contesta más que con un gesto de desdén.) Cien mil libras que el señor indicará cómo pueden venir sin riesgo. En la barrera hemos tenido demasiado trabajo.

LORD ¿Cien mil libras?

ROB. Cien mil libras.

LORD ¿Es eso todo lo que queréis?

ROB. Por ahora, nada más, Lord. No somos exigentes.

LORD Sois unos asesinos.

ROB. Eso no es contestar; estamos hablando de las cien mil libras.

LORD ¡Miserables!

ROB. Es preciso que mañana estén en nuestra mano. Usted dirá cómo.

LORD ¡Basta! Haz tu oficio y ahorrarás tiempo.

ROB. (Impaciente.) Eso no es ponerse en razón.

LORD (Amenazador.) Atrévete a desatarme.

ROJA (Con odio.) ¡Desátalo, Jorge!

ROB. Las libras o la muerte, Lord. No hay más que elegir.

LORD ¿Tienes miedo, bandido?

ROB. ¡Rayo de Dios! (Dando un paso y entregando el collar a Runkorf que lo guarda en su chaqueta.) Toma, Runkorf. (Al Lord.) ¡Las libras o la muerte!

LORD (Con un gesto de arrogancia suprema.) ¡¡Atrás, canalla!! (Jorge se detiene.)

RUN. (Sacando el puñal.) ¡¡Ira del infierno!!

ROB. (Con un grito furioso.) ¡Quietos! (Pausa. Se detienen los dos. Kastenner, altivo, los reta con la mirada.) ¡Runkorf, a la cueva con él. Es cuestión de horas. (A Kastenner reconcentrado.) ¡Milord: en esa trampa una gota de agua vale tanto como el collar azul.

LORD (Mirándoles con supremo desprecio.) ¡Asesinos! .. (Vuelve altanero la espalda y desciende a la cueva seguido de Runkorf que a poco vuelve a subir. Roberston y la Roja en actitud de ira reconcentrada le ven bajar.)

ESCENA IV

DICHOS menos KASTENNER

ROB. Tú cederás... ¡Roja!
ROJA ¿Qué quieres?
ROB. Vamos al cobertizo y prepara en seguida la sal y el agua. Bien cargada para que se retuerza de sed.
(Aparece Runkorf.)
ROJA Otra cosa prepararía yo.
ROB. Ten paciencia. Ahora calla y obedece. Se la traes a la cueva y se la dejas al lado... Sin chistar, ¿has oído? Si te propasas, te mato. ¡Runkorf, cierra la trampa!
(Runkorf oprime el resorte. Se cierra la trampa y salen los tres por el fondo. Al pasar la Roja hace un gesto de amenaza sobre la trampa.)
RUN. ¡Ya basta, Roja!

ESCENA V

ARTURO RIPTON, LADY KASTENNER y BLANCA

La escena queda sola; la luz ha ido disminuyendo hasta desaparecer. Transcurridos algunos instantes se ve girar hacia dentro la losa de piedra de la pared del lado derecho, dejando un hueco obscuro. Por él aparece un brazo enfocando una linterna al interior de la escena; después entra por el hueco Arturo Ripton. Registra la escena con la mirada, se dirige al fondo y desaparece por él breves instantes; reaparece luego, y dirigiéndose al hueco, tiende hacia su interior una mano sacando cogida a ella a Victoria que a su vez tiene abrazada amorosamente a Blanca

ART. Por aquí, señora, no hay peligro.
VICT. ¡Qué horror! ¿Dónde estamos, sir Ripton?
BLANCA (Refugiándose en Victoria.) Mamá, tengo miedo; es la casa negra.
VICT. Sir Ripton, por Dios, por ella, ¿estamos seguros?
ART. No tema usted, señora; respondo de ello.

Nadie más que yo conoce la existencia de esta galería. (Derecha.) En caso necesario no hay refugio más seguro.

VICT. Y mientras tanto, Dios mío, ¿quién sabe lo que nos amenaza?

ART. Tranquilícese usted, que yo respondo de su seguridad.

VICT. ¡Hija mía, no temas; la Roja ya no está aquí; ya no la verás más!

BLANCA ¿Y Jorge?

VICT. Tampoco. Sir Ripton se los ha llevado.

BLANCA (Confiándose y con alegría.) ¿A Runkorf también? No le haga usted daño a Runkorf. Me cogía en brazos.

VICT. (Acariciándola en un transporte de amor maternal.) ¡Hija de mi alma! ¿Oye usted, sir Ripton? (Mirando amenazadora a todas partes.)

ART. Señora, repórtese usted; toda precaución es poca. A no haber sido conveniente que la niña nos orientara, yo no hubiera consentido a usted esta visita dolorosa.

VICT. (Recobrando su entereza.) ¡Ah, no, no, sir Ripton! ¡Yo quiero saber qué ha sido de mi Alberto, yo necesito buscarle; yo quiero dar mi vida para salvarle si es preciso!

ART. Entonces serenidad, señora, mucha serenidad. Estoy seguro de hallar el encierro de Lord Kastenner.

VICT. El cielo le oiga. (Amante.) ¡Noble Alberto! ¡Cuánto sufrirá por mi culpa! ¿Oye usted, sir Ripton? (Sobresaltada, oyendo voces en el interior.)

BLANCA (Un poco atemorizada y acercándose al oído de Victoria, en voz muy baja.) ¿Quién es?

ART. No es nadie, hermosa, no te asustes. (A Victoria.) Pronto, señora, pronto, venga usted. (Entran las dos en la galería cerrándose la pared tras ellas. Ripton va a colocarse a la derecha, escondido tras una tina. Apaga la linterna y queda la escena completamente a obscuras. A poco entra la Roja, enciende una cerilla que traerá puesta en la punta de un palo. Deja sobre el banco una pequeña jarra de barro y enciende el farol. Después vuelve al banco agachándose para oprimir el resorte de la trampa. Sin llegar a hacerlo, Ripton sale de su escondite, de puntillas, llega hasta la Roja y la coge, agachada, por el pescuezo.)

ESCENA VI

ARTURO RIPTON y la ROJA

ROJA (Dando un grito ahogado al sentirse cogida.) ¡Ah!... ¡Suelta!

ART. (Sujetandola por el pescuezo y por el brazo izquierdo.) ¡Ya estás cazada, fiera!

ROJA (Forcejeando inclinada aún, para desasirse.) ¡Suelta, te digo que sueltes!

ART. Quieta, mala pécora.

ROJA (Que se ha levantado con esfuerzo, volviendo cuanto puede la cabeza hasta ver a Ripton.) ¡Suelta! ¡Jorge! ¡Runkorf! (Viéndole con terror.) ¡¡Ripton!!

ART. Ripton, sí. No le aguardabas en tu cubil, ¿eh?

ROJA (Sacando con su habilidad característica el estilete de modo que lo vea el público; hablando con su falso tono. Suplicante.) ¡Perdón, señor Ripton, perdón! (Ya tiene el brazo y el arma junto al pecho de Ripton.)

ART. (Dándose cuenta del movimiento le quita la mano del pescuezo, cogiéndola por la muñeca la mano derecha que empuña el arma. Todo muy rápido.) ¿Eh? ¿Qué es eso? (Le arranca con sus manos el estilete dejándola libre.) ¿También a mí? ¡Suelta! (Pausa. La Roja, desarmada, se retuerce, mirando con ira a Ripton. Este empuña el estilete y enfilándolo al corazón de ella, da dos pasos. La Roja retrocede como un tigre acorralado. ¿Le habrás enseñado tu camino?...

ROJA (Con terror.) ¡Perdón!

ART. (Guarda el estilete. Con mucha calma y sacando una mordaza y unas cuerdas con las que ata los codos fuertemente.) ¡Ja, ja, ja! ¿Tienes miedo? ¡Tiene miedo la Roja!... ¡Anda! (Terminando de atarla.) Ya verás cómo pellizcas ahora.

ROJA (Creyendo escuchar ruido en el fondo con una suprema esperanza.) ¡Jorge! ¡Jorge!

ART. (Poniéndola la mordaza.) ¡Calla!

ROJA (Queriendo llamar y ahogando su voz.) ¡Jor... ge!.. ¡Runk...!

ART. Calla, tiempo tendrás de llamarlos. (Empujándola y haciéndola salir por el fondo.) ¡Andando! (Deja dentro a la Roja y a poco reaparece abriendo la galería de la derecha.)

ESCENA VII

ARTURO RIPTON, VICTORIA y BLANCA

VICT. (Queriendo ver a alguien.) ¿Qué ha hecho usted?

ART. Nada; la fiera que aún quería morder. (A Victoria.) Ahora es necesario concluir. Estoy seguro de hallar tras esa habitación (Por la del fondo.) a Lord Kastenner en poder de estos granujas.

VICT. ¿Lo cree usted? Me inspira usted una con confianza tan grande, sir Ripton... Vamos, vamos volando.

ART. Perdón... es un poco imprudente que usted venga.

VICT. ¿Y qué importa si se trata de mi Alberto?

ART. Puede haber peligros.

VICT. ¿Qué importa para salvar su vida? Vamos, sir Ripton.

ART. Aguarde usted. (Yendo a escuchar al fondo izquierda.)

VICT. ¿Qué es eso?

ART. Están hablando. (Victoria se aproxima. Blanca queda en primer término mirándoles, sin sobresaltarse. Los dos siguen el diálogo en voz baja.) ¿Oye usted?

VICT. ¿Qué voz es esa?

ART. ¡Calle usted, por Dios! No respire. (Pausa.) Parece que hablan del Lord... y del collar azul... (Como si hubiese oído una revelación.) ¿Eh? ¡Ah, granujas!

VICT. (Casi al oído de Ripton) ¡Es Jorge, Ripton; ese es Jorge!

ART. Silencio y calma... Por Dios, señora, que están en la red.

VICT. (Con ansia.) ¡Vamos, vamos!

ART. Silencio, por Dios. Tranquilice usted a la niña. Aquí está segura. (Victoria andando con sigilo va al lado de Blanca y la besa.)

VICT. Blanca, hija mía, sir Ripton quiere ver el cobertizo; no te asustes y aguárdanos un momento, sin moverte de aquí. (La besa otra vez y desaparece por el fondo izquierda detrás de Ripton.)

ART. Silencio, por Dios, y son nuestros. (Salen.)

ESCENA VIII

BLANCA, sola

(Queda unos momentos suspensa, con cara sonriente. Después coge de un montón algunos ladrillos y haciendo un pequeño banco se sienta sobre ellos. Al poco rato vuelve la cabeza bruscamente y se queda mirando al fondo. Se levanta y se dirige corriendo a la trampa, arrodillándose y pegando el oído al suelo. Después, diciendo las palabras que hay más abajo, va corriendo al banco.) ¡Están llorando! (Llamando muy bajito) ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Oh! Es en la cueva. ¡El resorte! ¡Si yo tuviera fuerzas!... ¡Sí!... ¡Sí! (Viendo que no responden oprime el resorte con una mano y no cede, se arrodilla, mete las dos manos bajo el banco, hace un esfuerzo grande y se abre la trampa. Corre a mirar por ella, duda y al fin desciende, volviendo a subir poco después, ayudando a Lord Kastenner y cogiéndole un brazo con sus dos manitas.)

ESCENA IX

LORD KASTENNER y BLANCA

BLANCA (Apareciendo por el borde de la trampa.) ¡Por aquí, señor, por aquí; suba sin cuidado.

LORD (Saliendo de la trampa. Mira la escena y la habitación del fondo; al ver que no hay nadie, inclina la cabeza para hablar a Blanca,) ¿Estás sola, niña?

BLANCA Sí, señor; no tenga usted miedo, que ya no está la Roja. Jorge tampoco; se los han llevado muy lejos...

LORD (Enternecido. Saltándole las lágrimas.) ¿Cómo te llamas?

BLANCA Blanca... Desde la trampa he oído cómo lloraba usted.

LORD ¿Quieres desatarme?

BLANCA ¡Sí, señor! (Lo hace.)

LORD (Confundido, mirando al cielo con expresión de gratitud.) ¿Qué ángel es este que me salva?

BLANCA (Haciendo esfuerzos.) ¡No puedo; qué fuerte le han atado! ¡Tire usted un poco, señor!

LORD (Hace un esfuerzo y se desprende de las ligaduras.)
BLANCA (Triunfante,) ¡Ya está!
LORD Gracias, niña.
BLANCA ¿Le hacían mucho daño?
LORD (Cogiéndola la cabecita y besándosela amorosamente) No... ya no; tú me has curado.
BLANCA No llore usted más. No tenga miedo; ahora vendrá mamá.
LORD (Volviendo a coger la cabecita y mirandola con mucha fijeza.) Tu mamá... ¿quién es tu mamá? ¿Dónde está?
BLANCA En el cobertizo, con el señor Ripton.
LORD (Efusivamente y con mucha expresión.) ¡Con el señor Ripton...! ¿Qué dices? ¿Dónde está tu madre? ¡Victoria! (Dentro, algo lejanas, se oyen voces y exclamaciones.) ¿Qué es eso? ¿Quién riñe por ahí?
ROB. (Dentro.) ¡A mí, Runkorf!
BLANCA (Con terror, corriendo hacia Kastenner.) ¡Ah! ¡Es Jorge, señor, es Jorge! (Dentro suena una detonación. Blanca da un grito muy agudo abrazada al Lord.) ¡Ah!
LORD (Amparándola paternalmente y en actitud de ir al sitio de la lucha.) ¡Quieta, hija mía, no temas!

(Aparece en actitud trágica Roberston por él fondo como huyendo. Al ver al Lord se detiene bruscamente ya en la escena. El Lord va hacia él colérico. Blanca da un grito de terror y corre a esconderse en la derecha, tras una tina.)

ESCENA X

DICHOS y ROBERSTON

BLANCA ¡Ah!
ROB. ¡Ah! ¡La chica! ¡Ya no te me escaparás! ¡¡Ya eres mía!!
LORD (Yendo hacia él y cogiéndole por el cuello.) ¡Bandido! ¡Ven por ella, ven aquí! ¡Ya estoy libre!
ROB. (Cogiendo las manos de Kastenner y tratando de deshacerse de ellas.) ¡Roja!
LORD ¡Al infierno! (Sacudiéndole furioso por el cuello.) ¡Llama al infierno que te ayude! (Jorge abre los brazos, dejándose caer ya sin fuerzas.) ¡Así... quieto!... ¡Ya era tiempo! (Le suelta y Jorge cae

desplomado al suelo. Le mira un momento y se dirige a Blanca.) ¡Ya no volverás a morder! ¡Blanca, hija mía!

BLANCA (Saliendo de su escondite aterrorizada.) ¡Me matará, señor, me matará!

LORD (Abrazándola.) No, no temas; ya no puede.

(Aparece angustiosa por el fondo Victoria.)

ESCENA XI

DICHOS y VICTORIA

VICT. (Dando un grito de alegría.) ¡¡Alberto!! (Corre hacia él.) ¡Con mi hija!

LORD ¡Con el ángel que quita las cadenas de la carne y liberta el espíritu! (Se abrazan.)

BLANCA (Que se ha abrazado a las rodillas de Victoria.) ¡Mamá!

VICT. (Sin desprenderse de Alberto y rodeando el cuerpo de Blanca, con un brazo.) ¡Hija mía!

LORD (Acariciándola.) ¡Hija nuestra, Victoria!

VICT. ¡Qué bueno eres, Alberto!

LORD ¡Ella me ha salvado!

BLANCA (Viendo a Runkorf a quien Ripton lleva cogido por el brazo.) ¡Mamá, mamá, mira Runcorf!... (Los dos miran al fondo.)

ESCENA FINAL

DICHOS, ARTURO RIPTON y RUNKORF

ART. (Sorprendido.) ¡Lord Kastenner!

LORD ¡Sir Ripton! (Acariciando a Blanca.) ¡Hé aquí mi detective!

ART. (Fijándose en el cuerpo de Roberston.) ¡Roberston! ¿Muerto?

LORD ¡Muerto! ¡Así lo quiso él!

ART. Justicia, Lord. (Por Runkorf.) También éste la merece.

RUN. (Aterrado.) ¡Perdón!

ART. ¡Quieto!

BLANCA No le hagan daño a Runkorf.

LORD ¿Aún le compadeces, hija mía?

BLANCA No le hagan daño, señor; me curaba los pellizcos de la Roja, ¿verdad, Runkorf?

RUN. (Suplicante.) Sí, sí, es verdad; yo la quería mucho; estas fieras, no... ¡Toma, Blanca! (Sacándose de la chaqueta con la mano libre el collar y dándosele a Blanca. Esta lo coge.)

LORD ¿Qué es esc?

(Blanca suspende el collar de sus dedos.)

VICT. ¡El collar azul!

RUN. ¡Para ti, Blanca! Yo te lo doy. (Todos se conmueven.)

LORD Sir Ripton: suéltelo, usted; este no es una fiera!

ART. ¡Anda, estás libre!

RUN. (Sin moverse del sitio y vacilando.) Ustedes no la pegarán, ¿verdad? (A Blanca.) Dame un beso, pequeña. (Blanca va a él cariñosa.) ¡Dame un beso que no me deje ser malo! (Blanca lo besa.)

VICT. (A su marido.) Es el beso que perdona.

ART. ¡Algo más, señora; es el beso que salva! (Telón.)

FIN DE LA OBRA

Obras de Luis Linares Becerra

TEATRO

Los dos cienos, drama en tres actos y en verso.
Gloria á Cervantes, apropósito en un acto y en verso.
Granete, juguete cómico en un acto y en prosa.
La canción de la bruja, comedia lírica en un acto y cuatro cuadros, en prosa y verso.
Alma negra, (5ª edición) drama lírico en un acto, dividido en un prólogo y tres cuadros, en verso y prosa.
El calor del nido, sainete en un acto y cuatro cuadros, en prosa y verso.
El belén nacional, revista de espectáculo, en un acto y seis cuadros.
Corazón serrano, drama lírico en un acto y tres cuadros, en verso y prosa.
Entre tejas, entremés.
La nubecita, comedia en un acto.
El castillo de las águilas, drama lírico en un acto y cuatro cuadros, en verso.
Como las flores, comedia en un acto y en prosa.
Los ojos vacíos, episodio histórico en un acto y cinco cuadros
¡A ver si va á poder ser!, revista de gran espectáculo en cinco cuadros.
Las estrellitas del cielo, sainete en un acto y cuatro cuadros
El clown bebé, (3.ª edición) comedia lírica en un acto y cuatro cuadros, en verso y prosa.
El pueblo soberano, drama en cuatro actos y en prosa.
El amor al prójimo, sainete en un acto.
Sor Angélica, comedia lírica en un acto y cuatro cuadros, en verso y prosa.
¡Qué te quieres apostar! revista de gran espectáculo, en un acto y cinco cuadros.
Sobre todas las cosas, comedia lírica en un acto.
¡Y sigue la vida!... drama en un acto y en prosa.
Los angeles mandan, comedia lírica en un acto y cuatro cuadros.
El cuento del Dragón, (4.ª edición) comedia lírica en un prólogo y dos cuadros, en verso y prosa.
Los lugareños, opereta en un acto y tres cuadros, arreglo del alemán.
El amigo de la casa, sainete en un acto.
Los pantalones de mi mujer, vaudeville en dos actos y en prosa.
El buen amor, comedia en dos actos y en prosa.

Los marinos de papel, juguete cómico en tres actos y en prosa.
El poco juicio, sainete en un acto y cuatro cuadros.
El gran simulacro, zarzuela cómica en un acto y tres cuadros.
La escuela de las cortesanas, poema erótico en un acto, en verso y prosa.
La casa del Sultán, comedia lírica en un acto y cuatro cuadros.
El barrio latino, opereta en tres cuadros.
La gente baja, tres actos.
El angel bueno, cuatro actos.
El puente de los crímenes, cuatro actos.
La desertora, cuatro actos, traducción de Brieux.
La benjamina, cuatro actos, traducción de Tristán Bernard.
Los cinco, cuatro actos y un prólogo.
El secreto de la biblioteca, tres actos.

POESÍAS

Canciones rebeldes Prólogo de Salvador Rueda.
La fuente perdida. (En preparación.)

OBRAS DIVERSAS

Estudio económico de la Isla de Cuba. (Publicado por la Real Sociedad Geográfica.)
Cómo se hacen las cosas. Prólogo del Doctor A. González. Sociedad editorial Hispano Americana. París.
La voz del Oriente. Estudio literario y filosófico de Egipto y la India. Prólogo del Doctor López Atocha.
La bondad en la enseñanza y en el arte. Conferencia perteneciente al curso organizado por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes.
El teatro de policías, conferencia pronunciada en el teatro del Gran Capitán, de Córdoba y publicada por *Teatro Mundial.*
Osma, estudio geográfico e histórico publicado por la Real Sociedad Geográfica.
Canciones y cantares, estudio acerca de la canción española.

EN PRENSA

La samaritana y *En olor de santidad.* (Narraciones sentimentales).
El mar latino. Viajes por Francia e Italia.

POLIZA N. 10.001